HÉROES ESPACIO

BRUGUERA

BOLSILIBROS

FUTURO

EL COLOSO DORMIDO

LEM RYAN



Datos del libro

Autor: Ryan, Lem

ISBN: 9788402092816
Generado con: QualityEbook v0.60

CAPÍTULO PRIMERO EL DIOS DE SANGRE

LAS mujeres no pueden caminar de noche por las tortuosas callejuelas empedradas de Akria. Era ley en aquella pacífica ciudad del Imperio de Aram. Al caer las sombras del crepúsculo sobre las orgullosas piedras, al sumirse en la oscuridad el dédalo interminable de calles que cruzaban anárquicamente su interior, las mujeres tenían prohibido andar por aquellas mismas callejas, bajo pena de muerte. Formaba parte de una religión y una sociedad claramente misóginas, pero era ley. Y la ley debe ser respetada.

Sin embargo, aquella noche, una noche cualquiera perdida entre los eones de aquella época olvidada, hubo alguien que desobedeció la ley. Por vez primera tal vez en muchos años, unos pies de mujer pisaron las piedras oscuras que sembraban el suelo bajo el manto de estrellas, unos cabellos rubios se agitaron como lenguas de fuego dorado en la oscuridad, una respiración jadeante se oyó entre el silencio...

Iriana estaba asustada. Muy asustada. El espanto, el terror más absoluto que da el conocimiento de una suerte más horrible que la misma muerte, se reflejaba en su hermoso rostro, lívido ahora, mientras corría sin fuerzas ya apenas, tropezando una y otra vez, tratando de huir de allí, de escapar hacia la salvación. Miraba constantemente hacia atrás, a las sombras impenetrables que había más allá, como si sólo ella pudiese ver un horror oculto donde la luz de las estrellas no llegaba.

Su corazón estuvo a punto de pararse cuando oyó rápidas carreras y voces ahogadas tras ella. Sintió que todo daba vueltas, pero continuó corriendo, impulsada más qué nunca por las

sensaciones que atropellaban sus pensamientos. Sabía que de nada servía chillar, quedarse ronca gritando a las paredes, salvo para precipitar aún más su fin a manos de indignados akrianos que no dudarían en despellejarla viva como castigo a su osadía.

Se paró de pronto, con los ojos muy abiertos por el pánico, pegando su joven cuerpo estremecido aun muro. Una sombra se había separado de las demás ante ella, siendo visible apenas su gigantesca figura en la penumbra, un contorno confuso que llenó de pavor a la aramita. No pudo dominar un escalofrío, y se pegó aún más al muro, temblando, confiando en no ser descubierta con las tinieblas rodeándola como un negro vestido ceñido a su pálida piel, sin dejar de mirar al desconocido que caminaba con paso decidido muy cerca suyo.

Las estrellas arrancaron destellos a los azulinos eslabones de una cota de malla. El viento agitó los negros cabellos de la figura, la capa escarlata que cubría los hombros protegidos por el metal. Su mano izquierda, enguantada, estaba apoyada en la empuñadura de un pesado espadón que colgaba de su Cintura. Era un hombre de aspecto terrible, seguramente uno de los mercenarios que el señor de Akria había metido en sus ejércitos, un profesional de la Muerte al servicio de una buena paga.

Por un momento, estuvo tentada de ponerse al paso y pedir su ayuda contra los que la perseguían, pero desechó tal posibilidad. Tal vez fuese peor su destino en manos de aquel individuo de fiero aspecto y alma de rapaz sanguinaria que si continuaba oculta en las sombras.

No supo como sucedió. Tal vez el hombre oyó su respiración entrecortada al pasar a su lado, tal vez sabía desde el principio que estaba allí... Lo cierto es que sacó a medias la espada y se detuvo con repentino sobresalto, como si una serpiente hubiese pasado rozando sus botas. Iriana soltó un quebrado gemido y trató de huir, pero la diestra enguantada en negro del guerrero aferró su brazo con fuerza y la obligó a girarse.

Vio un rostro agrietado por el sol y los vientos de lejanas tierras y surcado por multitud de cicatrices, unos ojos negros brillantes como el fuego de los infiernos, duros y fríos como su espada, el ceño fruncido con torvo recelo. Y sintió la dureza de los eslabones de la cota de malla al chocar contra su pecho. Estuvo a punto de

desmayarse de puro terror, pero no lo hizo. Sólo quedó allí, inmóvil, sin fuerzas para desasirse, la mirada fija en los ojos negros del mercenario, que también parecía impresionado por su belleza, por su fresca y virginal hermosura, de la que tan pocas veces podía disfrutar un hombre como él en aquellas tierras.

—¿Qué haces aquí, muchacha? Las mujeres no podéis caminar a estas horas por Akria...

Habló con fuerte acento extranjero. Un acento que Iriana nunca antes oyó en los labios de ninguno de los forasteros que pululaban por la ciudad aramita. Sonaba a lejano, como los vientos que azotaban los fértiles campos de Aram, a salvaje primitivismo dulcificado con rudos modales, a tierras que sólo él podía conocer, donde el misterio se hace realidad y la música sólo viene de los cielos en días de tormenta. Era vibrante como una espada al chocar contra las piedras de un acantilado...

Pero Iriana no pudo responder. Y, si lo hizo, el guerrero mercenario no llegó a oírlo. Algo se estrelló con violencia contra su cráneo, llenándolo todo con fuego rojo. El gigante extranjero cayó abatido, y lo único que oyó fue el alarido de terror de la muchacha, antes de que la oscuridad se apoderase de su cerebro y su cuerpo golpease las piedras de la calle.

Pesadillas donde asustadas muchachas rubias pedían auxilio entre chillidos de locura irracional lo hicieron removerse inquieto en su inconsciencia, llenando de angustia su alma endurecida en cientos de batallas. Al recobrar el sentido, mientras luchaba contra el dolor que aturdía sus pensamientos, lo primero que vio en el aire de la noche fue el rostro de la aterrorizada joven, mirándolo con pánico incomprensible. Espesa sangre salía de una brecha en su cabeza, empapando sus cabellos, y al darse cuenta de ello soltó una sonora maldición contra dioses desconocidos en aquel reino de Aram. Dioses que recibieron su ira sin inmutarse, ignorándolo como el insecto mortal que era.

Se levantó. Miró en torno, tambaleándose toda su poderosa humanidad. Silencio, oscuridad... Ni rastro de la muchacha de dorados cabellos y cuerpo de mórbida diosa pagana. No vio su rostro pálido, sus ojos azules, sus transparentes gasas desgarradas, que nada ocultaban...

Pero sí distinguió una figura encorvada en las sombras, y hacia

allí saltó como un felino, espada en mano. El hombre retrocedió, espantado, saliendo a la escasa luz de la noche. Era un hombrecillo barbudo, vestido con una raída túnica, un mendigo mugriento, con cara de rata y sin un ápice de valor, que imploró piedad al guerrero ante la sola visión de la espada desenvainada.

—Yo no tengo nada que ver, mi señor... —balbuceó, espantado —. Nada... Fueron los sacerdotes del Dios Olvidado los que os atacaron y se llevaron a la mujer... Siempre lo hacen, para aplacar el hambre insaciable de su divinidad. Cuando las estrellas así lo ordenan, lo hacen...

—¿El Dios Olvidado? Nunca oí hablar de tal divinidad...

—La gente no habla nunca de él por temor, mi señor. Ni siquiera el señor de Akxia se atreve a prohibir su culto. Pero han sido ellos, sus sacerdotes, los que cogieron a la muchacha. Os lo juro por la gloria de Haaroman. Alegraos de que no os pasara a vos y olvidadlo. Y olvidadme a mí, que no deseo nada con esos dioses de los que es mejor no decir el nombre...

—¡Quieto, estúpido gañán! ¿Dónde está su templo...? Dímelo o te atravieso ahí mismo.

El mendigo miró con temor el acero desenfundado que el extranjero empuñaba entre sus dedos enguantados de negro y señaló hacia el este, sin decir una palabra. Allí, recostándose en la oscuridad, algo alejado de la ciudad, se veía la sombra ominosa y siniestra de un gran zikkurat, una pirámide escalonada hecha de negrura y misterio. El templo, sin duda, de un dios al que se ofrendaban vírgenes en las noches que las estrellas permitían.

Hacia allí se dirigió con rapidez, corriendo con poderosa zancada pese al dolor que martilleaba sus sienes, saliendo del laberinto de calles y de la ciudad aramita finalmente. Más allá sólo había praderas y fértiles valles limitados al este por montañas lejanas y al sur por el mar, azulado y sombrío como siempre, hosco como el propio ánimo del extranjero.

Caminó después con cautela mientras se aproximaba al templo. La luna y su cortejo de estrellas iluminaron los relieves diabólicos que adornaban el zikkurat, las grotescas górgolas, los espantables demonios de una mitología oscura, grabados en la piedra gris. Nadie le cerró el paso. El miedo era grande en torno a aquel dios del que jamás oyera hablar el guerrero moreno de un lejano país, e

instintivamente se preguntó por qué.

La entrada estaba franqueada, sólo vigilada por pequeños demonios de piedra que parecían mofarse de él desde las paredes. No había hojas de madera que cerrasen el paso, y eso aumentó su inquietud. Dentro, los relieves eran aún más repugnantes, más sombríos y siniestros, si cabe. Parecían a punto de saltar hacia él criaturas de un submundo imposible, desde su universo de piedra inmóvil. Había estatuas por doquiera que miraba en la penumbra, en pasillos y cámaras, de asquerosos demonios que nada tenían de humano, de híbridos escalofriantes sólo concebibles por la demencia de un escultor.

Vagó por pasillos interminables, descubrió altares consagrados a demonios espeluznantes a los que ni siquiera se acercó, evitó en lo posible las estatuas de fría piedra gris, siempre con el gran espadón entre sus manos y avanzando con todos los sentidos alerta. Y, de pronto, vio luz ante él... Luz vacilante, como sólo pueden producir las antorchas o las hogueras. Luz que indicaba vida..., o, tal vez, muerte.

Acercóse cuanto pudo, con la espalda apoyada en los oscuros grabados de la pared, sintiendo un estremecimiento. Efectivamente, eran grandes antorchas de fuego extrañamente rojizo apoyadas en columnatas de mármol, lo que iluminaba aquella gran estancia perdida en el interior del zikkurat. Y su resplandor permitía ver a decenas de encapuchados sacerdotes arrodillados frente a algo muy parecido a un estanque circular que ocupaba el centro de la cámara. Su tamaño era enorme, y no se veía bien lo que pudiera haber en su interior. Sólo se adivinaban los reflejos de las antorchas en lo que debía ser agua.

Uno de los sacerdotes no estaba encapuchado. Su cráneo afeitado brillaba como la luna en el firmamento. Sujetaba con sus manos huesudas, engarfiadas, a la joven de cabellos llameantes que viera en las calles de Akria, ahora totalmente desnuda y sin fuerzas al parecer para liberarse de sus captores. Pudo oír su llanto ahogado, sus gemidos y rezos a los dioses en que creía...

La voz del sacerdote retumbó en las paredes como el crujido de huesos en las tumbas de los condenados. Entonaba un cántico terrible, una invocación en un idioma largo tiempo olvidado. Hasta las paredes parecieron más frías, y el viento silbó en el interior del

templo como respuesta.

—Yakkan otfase-jeeeggh Onnad Eibon... AKKRA-SEYYY...! YAAAHG!

Y, entonces, algo se agitó con violencia en el estanque, lanzando salpicaduras de viscoso líquido rojo que los sacerdotes acogieron con rezos ininteligibles, con una letanía muy parecida al murmullo del mar entre los riscos. La muchacha desnuda aulló despavorida, sintiendo un terror que iba más allá de la razón. Aquello no era agua... ¡Era sangre! ¡Sangre! ¡Y algo se removía hambriento en su interior, entre toda aquella sangre viscosa y negruzca que ahora mojaba también su rostro!

El mercenario intentó no pensar en el pánico que le producía aquello y se lanzó espada en ristre contra los desprevenidos acólitos que seguían de rodillas, rugiendo. Los encapuchados, sorprendidos, sacaron unas dagas curvas con las que intentaron acabar con el sacrílego que interrumpía la ceremonia. Pero poco pudieron sus cortos aceros contra el pesado espadón del guerrero moreno y la cota de malla que protegía su cuerpo. Uno a uno, cayeron destrozados por el filo mortal, abiertas sus carnes e incluso partidos en dos por la fuerza brutal del coloso extranjero.

Sangre humana se mezcló con aquella otra infernal que salpicaban los movimientos frenéticos de la cosa que se ocultaba en el estanque, de la criatura de pesadilla que pudiera vivir allí, fuera deidad, o demonio... o cualquier otra cosa aún más terrible, vieja como el tiempo e insaciable como el fuego más devastador. Varios acólitos, heridos de muerte o lanzados por los poderosos brazos del mercenario, cayeron dentro y sus aullidos rasgaron la noche, oyéndose incluso en la propia Akria, mientras se hundían en la sangre del dios.

Nunca volvieron a salir.

El sacerdote de cráneo afeitado trató de lanzar a la joven Iriana a su perdición, sin dejar de murmurar la diabólica invocación una y otra vez. La muchacha forcejeó, pidiendo la ayuda del guerrero. Y éste la oyó, como demostró al lanzar un tajo mortal que decapitó al brujo adorador de aquella criatura que seguía reclamando su festín de carne joven.

El cuerpo decapitado terminó en el estanque de sangre... É Iriana, desfallecida, temblando de horror en los brazos de su

salvador, que de una patada tiró una de las columnatas, y la antorcha cayó con estremecedor silbido sobre la repugnante sangre negruzca del Dios Olvidado. Tiró otra más y salió corriendo con la muchacha en volandas, pisando cadáveres y golpeando a los que se ponían en su camino. Iriana lloraba, rota por completo, cuando salieron al exterior y el guerrero siguió corriendo, dejando atrás el maldito zikkurat en cuyo interior crepitaban las llamas.

Rugidos de inhumana agonía llenaban la noche. Pero pronto se apagaron, con la distancia...

Por fin, agotado, el mercenario extranjero cayó, arrastrando consigo a Iriana. La hierba fresca de la pradera los acogió con tibieza. Jadeante, el guerrero de lejanas tierras miró al templo. Se veían llamas en su entrada. Llamas purificadoras, llamas que borrarían el terror de Akria para siempre.

Vio después los ojos azules de Iriana, cuajados de lágrimas, brillantes, fijos en él. Y su sonrisa. Sentía su tibio cuerpo desnudo junto a él, perfumado e incitante.

—¿Cómo os llamáis, mi amo y señor?

—Almuric —respondió con un gruñido el guerrero, con aquel extraño acento suyo.

—Mi vida es vuestra, Almuric... Haced conmigo lo que queráis...

Era cuanto necesitaba el guerrero mercenario, al parecer. La abrazó con pasión volcánica, besando su rostro, su cuello, sus senos. E Iriana se sintió indefensa en sus brazos, se dejó arrastrar por el tumultuoso frenesí de aquellas caricias, respondiendo a ellas con todo el ardor de su joven cuerpo.

CAPÍTULO II ANNAY

LOS jardines del palacio estallaban de alegría y color. Las flores daban a los vientos su aroma y salpicaban todo con sus variados colores; las hojas de los árboles murmuraban a los cielos los amores que allí habían contemplado; la fronda se agitaba bajo la caricia sensual de una brisa tímida y susurrante, serena como las aguas cantarínas de las fuentes, como el quieto y blanco mármol en que estaban construidas las estatuas y losas que empedraban el suelo. Plantas exóticas, frutos sabrosos que esperaban la madurez para que labios golosos las probasen, figuras inmóviles donde los rayos del sol se quebraban... Era la imagen misma del paraíso.

Nada más falso. Ninguna falacia, ni las pronunciadas por las lenguas traidoras de las serpientes, podía parecer más real que aquella en la que la bella Annay se hallaba. Fuentes y plantas, estatuas y aromas embriagadoras, eran en verdad una cárcel hermosa, pero cárcel al fin y al cabo. Sus barrotes estaban en las altas murallas que se veían al otro lado de los árboles, en las paredes orladas de esplendor y gloria del palacio real de Akria, en la fuerte vigilancia que reinaba a todas horas dentro y fuera de él en forma de inexpresivos soldados de brillantes corazas y puntiagudas alabardas.

Annay estaba cautiva en aquella jaula de oro. Sabía que aunque el rey de Aram le había prometido hospitalidad, cobijo en su palacio de brillante mármol blanco, era prisionera de aquellas paredes, de la vil traición de aquel reyezuelo miserable, comido por la ambición.

Annay era joven y hermosa como un amanecer, turbadora como la cálida caricia de un rayo de sol, pálida como la luna en el oscuro firmamento. Sus cabellos eran negros como una noche sin estrellas

y sus ojos azules, igual que el sereno cielo que podía ver sobre el jardín. Sólo las amantes diosas de Oquendo podían competir con su mortal belleza; sólo ellas podían contemplar sin envidia aquel cuerpo majestuoso que no conocía aún las caricias de los nombres.

Estaba allí, en el jardín, contemplando con tristeza la frondosa vegetación que había por doquier, tal vez recordando lacónicamente otros tiempos ya lejanos que, probable era, nunca reviviría. Perdidos sus pensamientos entre felices ensueños que la imaginación evocaba, se veía a sí misma en una tierra distinta a la que ahora pisaban sus pies, una tierra perdida en el tiempo y en la distancia, entre maravillas que los hombres que habitaban los ridículos reinos del este nunca vieron.

Comparado con todo cuanto su memoria volvía a traer a su alma herida, Aram y todos los países por los que viajara, con todo lo bello que tenían, eran grotescos enanos bajo la sombra de un coloso. Sus ojos brillaron al rememorar toda la dicha que alcanzó en aquel país lejano donde la guerra era algo que se había olvidado tras la larga paz de siglos, donde sabios y poetas eran más abundantes que los guerreros, y por unos instantes fue feliz. Pero sólo por unos instantes.

La suave brisa agitaba sus ricas vestiduras de seda. En su frente, el sol arrancó destellos de oro a una diadema que la adornaba. Y en su pecho, justo donde nacían los poderosos senos, casi alcanzando el ángulo del escote, también brilló un grueso medallón con extraños símbolos grabados que ningún ser humano en aquella tierra ignorante podía leer. En cambio, el anillo de su mano derecha, la única joya que tenía en sus manos y exactamente en el dedo índice, aunque herido por los rayos del brillante astro, no reflejó su luz. Su negrura era espantosa, como su diseño, tan antiguo y demoníaco que causaba pavor. La gema roja parecía más un coágulo de sangre oscura que una piedra preciosa. Alguien habría pensado al ver tal anillo que era una blasfemia que manchase aquella mano de nívea blancura.

Cómo añoraba las tardes de sol, los bosques salvajes y umbríos, las rumorosas corrientes de los ríos en su marcha hacia el cercano mar, el retumbar del gong en los templos, las palabras de los filósofos que siendo una niña la hacían soñar en todo lo que había fuera del que todavía seguía siendo el más glorioso imperio sobre el

mundo, olvidado y casi desconocido para los demás pueblos... Ahora sólo deseaba regresar a su patria, abandonar el forzoso exilio que la mantenía atada a aquellos brutales reinos de sangre y oscurantismo, de bestias salvajes con forma de hombres de alma tan oscura como los negros abismos de sus infiernos, de dioses sanguinarios y espantosos para los que la muerte es una diversión. Sentía auténtico terror hacia aquellos hombres, hacia aquellos dioses de infinita maldad cósmica. Más, incluso, que el que sentía por los oscuros peligros que la acechaban en la olvidada Oquendo esperando su regreso.

El roce apresurado de unos pies descalzos sobre el suelo de mármol la arrancó de sus meditaciones. No se sobresaltó. Sabía de antemano quién era, así que cuando su mirada encontró a la muchacha rubia que corría hacia ella no fue una sorpresa, sino más bien un alivio a la melancolía que se había apoderado de su espíritu.

—Mi señora... —jadeó la muchacha tras la carrera, arrodillándose ante ella con devoción—. Mi señora Annay...

—Iriana, mi buena amiga y fiel doncella... —susurró su ama, obligándola a levantarse—. Al fin regresas después de tantos días de angustia y temores. Temí que estas bestias hubiesen advertido tu huida...

—No es la primera vez que salgo de noche a las calles prohibidas de Akria, mi señora —recordó con una sonrisa Iriana—. Cierto que nunca antes estuve tanto tiempo fuera de palacio, pero hay un motivo. Traigo nuevas de Kron-Shai, mi señora, vuestro guardián personal... Sigue vivo en las montañas del este, junto a vuestros fieles, esperando el momento de liberarnos. Las batidas de Haaroman no han conseguido cazarlos...

—Los dioses sean loados, Iriana —suspiró Annay, feliz—. Cuéntame más, muchacha...

—Encontré a uno de los soldados de vuestra escolta en una taberna; buscaba información sobre vos, pero me halló a mí y me condujo hasta la guarida de Kron-Shai en las montañas. Sus heridas han mejorado desde que escaparan al descubrir el engaño del rey Aram, y confiaban en rescataros mientras el grueso de las fuerzas imperiales se halla en las guerras del sur, intentando conquistar más tierras para el chacal sediento de poder que es Haaroman, pero me

temo que eso por ahora será imposible. A mi regreso vi columnas de soldados con el estandarte de Aram avanzando hacia la ciudad. Los guerreros regresan, aunque muy menguados. Habréis de esperar algún tiempo...

—¡No! —se ensombreció el hermoso rostro de Annay—. No seguiré aquí un día más... No arriesgaré mi reino quedándome aquí. Haaroman no seguirá alimentando sus deseos de ver Oquendo bajo su bota conquistadora. Huiremos esta misma noche y nos reuniremos con Kron-Shai en las montañas.

—Pero, mi señora...

—Esa es ni voluntad, Iriana —cortó sus protestas la mujer de negros cabellos con la dignidad de una reina, y la doncella obedeció como si de verdad fuese reina de un oscuro país, postrándose de nuevo ante ella—. Tú sabes cómo salir de aquí sin que nadie se dé cuenta, y conoces el camino hasta la guarida de Kron-Shai. Tardarán mucho en advertir la fuga, puesto que nadie, por orden expresa del rey, puede entrar en mis aposentos. Cuando, lo descubran, será demasiado tarde. Tal vez, si los hados nos son favorables, cruzaremos la frontera sin problemas.

—Será muy peligroso, majestad. La Muerte acecha bajo cada piedra en esta tierra maldita, y el camino hacia las montañas del este es largo. Unas mujeres solas, sin la protección del acero, enfrentándose a salteadores, bestias hambrientas, al sol de jornadas enteras... Será como sentarse junto a las puertas de los infiernos.

—Mayores fueron los males a los que hicimos frente en nuestro éxodo desde que salimos de Oquendo, y sobrevivimos. Cierto que entonces nos cubrían brazos armados, debemos confiar en los dioses. Si es su voluntad que muramos, así sea.

—Como ordenéis, mi señora —sonrió a pesar de todo Iriana, cuya belleza palidecía ante la de su reina y señora como la luna ante los rayos del sol—. Vuestra palabra es ley. Avisaré a Yarina y a Tatftia para que partamos esta noche. La luna nueva cubrirá nuestra huida...

Fue entonces cuándo el grave y estridente sonido de los cuernos lo llenó todo, anunciando la llegada de los ejércitos victoriosos. Annay y su doncella oyeron el clamor jubiloso del populacho recibiendo con entusiasmo a las tropas que aumentaban con sangre la gloria de Aram. Las guerras de conquista habían acabado...; por

el momento, hasta que la ambición de Haaroman volviese a crecer, y entonces la sangre formaría de nuevo ríos en los campos de batalla.

—Bestias sin alma —musitó con voz apagada la hermosa Annay, herida por los gritos entusiastas de la multitud sedienta de sangre que sin duda llenaba las calles de Akria ante el paso de los guerreros—. No merecen llamarse hombres.

Decidida ano seguir escuchando los excitados gritos que se oían más allá de los muros, recorrió descalza los enlosados caminos hacia el palacio y sus aposentos, dejando atrás las fuentes y el rumor de las hojas, los trinos alegres de los pájaros y el silbido de la brisa en sus vestidos de seda. Ante sus ojos se alzaron las altas torres del palacio real, con sus balcones y ventanas repletas de cortesanos ansiosos de contemplar la marcha triunfante de sus ejércitos por las calles de la ciudad, con sus muros de piedra labrados con efigies de obscenas deidades de las que nunca oyó hablar, con las banderas de Aram ondeando al viento en señal de triunfo. Tras ella, silenciosa, caminaba Iriana.

Al entrar en su alcoba, dos doncellas de cabellos tan dorados como la propia Iriana que parecían aguardar su llegada se arrodillaron a sus pies. Annay sonrió de nuevo al verlas.

—Majestad... —dijo una de ellas—. El rey Haaroman os ruega que estéis presente en la ceremonia que se celebrará en la sala del trono cuando los ejércitos se reúnan ante las puertas de palacio.

—¿Rogar ese salvaje? —apretó los dientes, dominada por la ira —. ¿Desde cuándo los chacales ruegan? Seguramente querrá celebrar las matanzas que sus ejércitos han ocasionado en el sur, o contemplar las cabezas cortadas que sus generales traerán consigo como recuerdos de una gran campaña victoriosa. Muy bien... No creo que pueda aguantar el asco que me da esa rata, pero le daré el privilegio de devorarme con los ojos por última vez, y ojalá quedase ciego al mirarme...

Algo más tarde, al sonar de nuevo los cuernos en la distancia, la reina Annay, más bella que nunca, cruzaba los pasillos flanqueados por grandes arcos acianos decorados con monstruos mitológicos, seguida siempre por su fiel Iriana, distante y fría como una diosa. Sus ojos azules lo miraban todo con desprecio, con repugnancia apenas reprimida. Y al entrar en la sala del trono lo recorrió todo

con la mirada, sin detenerse hasta llegar al lado mismo del rey Haaroman.

Allí estaba Haaroman, sentado sobre sedosas pieles de diferentes felinos que adornaban su trono de oró macizo. Era robusto y gigantesco como un oso, con luenga barba negra cubriendo su rostro fiero y ojos brillantes y malignos. Era un rey guerrero, y como tal vestía. Como un poderoso guerrero, vencedor en mil batallas, con la negra cota de malla, la espalda enfundada en piel en sus manos... Y, con él, estaban sus ministros y generales, unos con el aspecto propio de nobles palaciegos, y los otros con la sangre seca todavía manchando sus espadas y armaduras. Todos reunidos en la cámara real, llenando de truenos sus carcajadas los muros de palacio!

—Bien venida, reina Annay —saludó con una risa estruendosa el soberano de Aram a su huésped al verla—. Compartid nuestro gozo en las fiestas que se celebrarán por la victoria. Arcania es ahora parte de mi reino, y muy pronto vos reinaréis en vuestra nativa Oquendo. Saludad a los hombres que lo harán posible con el fuego y las armas, como han hecho posible que mis fronteras engullan la débil tierra de Arcania. Sólo falta uno de ellos, pero no creo que tarde en llegar...

—Ya estamos todos, perro sin nombre —se alzó una voz poderosa entre las risas de los presentes, que acallaron al instante —. Pero tal vez pronto sólo quedará uno en esta sala, si no hallo respuesta a mis preguntas...

Ojos aramitas se volvieron hacia las grandes puertas de madera que se habían abierto de pronto. Annay, arqueada una de sus cejas, distinguió a la luz que entraba por las altísimas ventanas al torvo titán cuya voz, con fuerte acento extranjero, había pronunciado aquel juramento. Vio su figura gigantesca recortándose en el umbral rodeado por ceñudos guerreros con porte de asesinos mal encarados, su cota de malla, la capa escarlata que flotaba tras él, desgarrada y polvorienta, la brillante empuñadura de un gran espadón en su cinturón, el brillo de unos ojos enrojecidos por la cólera tras la negrura de un casco como los que llevaban los guerreros de cierto país temido muy al norte de Aram.

Una sombra amenazadora, gélida como el aliento de un muerto, cruzó como un relámpago la cámara real. El guerrero extranjero no

era bien recibido, y sus palabras fueron como un violento trallazo en los rostros de los aramitas. Desafiante, altivo como sólo pueden serlo los que no reconocen más rey que a si mismos, los que no tienen más patria que la tierra que pisan, caminó sin oposición alguna hasta el trono mismo, con la siniestra como una gran garra apoyada en el pomo de su espada y seguido siempre por sus hombres. Todos se apartaron a su paso, sin esperar a que lo ordenase.

—¿Quién es, Iriana? —preguntó en voz baja, sintiendo que el extranjero las miraba a ambas con toda osadía mientras sus pasos le llevaban ante el rey de Aram.

—Es el jefe de los mercenarios contratados por Haaroman —respondió en el mismo tono la doncella, sin quitar sus ojos del gigante guerrero—. Un extranjero venido de quién sabe qué extrañas tierras, del que nadie sabe nada en Aram, y sin embargo, todos han oído hablar de él. Su nombre es Almunic, mi señora. Yo tampoco sé nada más de él.

Annay no hizo ningún comentario. Sólo miró con más fijeza al guerrero de rostro sombrío y capa escarlata. Los murmullos de protesta e indignación crecían a medida que se acercaba al trono.

—Me alegro de verte sano y salvo, general Almunic —había ironía en las palabras del barbudo rey—. Tengo entendido que tuviste muchas bajas en la capital de Arcania, que fuisteis estrepitosamente derrotados y de no ser por el apoyo de nuestro ejército regular, Travia nos habría vencido.

—¡Fuimos vencidos porque algún traidor alertó a los arcanios, porque se nos dejó solos frente a un enemigo que nos esperaba! —se encolerizó aún más el mercenario, con la diestra peligrosamente cerca de su espada—. De doscientos hombres, apenas quedamos cuarenta, y todo por culpa de un cerdo que sin duda recibió órdenes de vos.

De nuevo aquella risa ensordecedora. Annay tembló, asustada por la locura de aquel tirano sin conciencia. Sólo había demencia en aquellas carcajadas...

—Debes reconocer..., que mi idea fue genial —articuló entre risotadas. Sacrificar a tus perros para que mis hombres cayesen por sorpresa sobre los arcanios y los destrozasen. Debió ser muy divertido... De todas formas, es el final que se merecían.

Brilló el acero al abandonar su funda de piel, herido por el sol de la mañana. Dedos enguantados en negro aferraron con auténtica rabia la labrada empuñadura. Una maldición en lengua desconocida brotó de los dientes apretados del mercenario. Sus ojos pedían sangre...

La sorpresa paralizó a todos los presentes; incluso al airado guerrero extranjero. Nadie esperaba lo que ocurrió a continuación, y menos que nadie el jefe de los mercenarios que trabajaban para Haaroman por una buena soldada. Una lluvia de flechas surgió de todos los rincones oscuros de la estancia, de allí donde ningún ojo humano podía ver lo que había. Flechas que se hundieron con mortal precisión en los pechos y espaldas de los ceñudos hombres que acompañaban a Almunic, y cuyos gritos de dolorosa agonía hicieron que Annay y su rubia doncella apartasen la mirada, al ver aparecer las vibrantes saetas en sus cuerpos robustos y fortalecidos por una vida dura y peligrosa.

Petrificado, aturdido, el general mercenario sólo pudo mirar cómo morían sus bravos compañeros y cómo las baldosas de mármol se llenaban de roja sangre, mientras que a él no lo buscaban las flechas. En pie en medió de la cámara, con la espada todavía en su diestra, sus ojos fulguraron de odio, posados en los cuerpos sangrantes primero y en el rey Haaroman despúés. Cortesanos y jefes guerreros se habían retirado tras la lluvia mortal hacia los muros. Sus dientes rechinaron.

—¿Por qué?

Haaroman, rey de Aram, se puso en pie, sujetando siempre con ambas manos la gran espada enfundada, la mirada endurecida.

—¿Crees acaso que no conocía tus planes, estúpido salvaje? —silabeó, mientras entraban en el amplio salón del trono casi una docena de guerreros armados con alabardas, protegidos en la retaguardia por otros tantos arqueros con las flechas listas en sus arcos—. Tengo espías entre tus hombres, gente capaz de vender su alma por una buena bolsa de oro. Por ellos sé que pretendías matarme a mí y a mis fieles para apoderarte de la corona, que pactabas con los señores de distintos reinos a mis espaldas para que te apoyasen. Por eso ordené aquel ataque suicida a Travia, por eso tus hombres han muerto... Y por eso perderás la cabeza mañana al amanecer, bajo el hacha del verdugo..

Annay vio con horror cómo el mercenario intentaba la huida, pese a que ésta era imposible. Su espada segó gargantas, abrió vientres, mutiló brazos…, pero no pudo llevarlo hasta la salida. Y aunque lo hubiese llevado, probable era que lo hubiesen abatido a flechazos. Luchó como una fiera, pero fue reducido y atado entre maldiciones y juramentos que nadie entendió, para luego ser arrastrado en la inconsciencia hasta las mazmorras.

—¡Que siga la fiesta! —ordenó riendo el soberano de Aram—. Que alguien retire esos cadáveres y se los dé a los buitres. Debemos celebrar la victoria, y las futuras conquistas que convertirán a Aram en el reino más poderoso sobre el suelo de este mundo.

Y la celebración continuó, aunque la exilada reina de Oquendo y su criada tuvieron que abandonar la sala con los rostros blancos por el terror y el asco. Todo parecía una pesadilla, pero no lo era. Las carcajadas de Haaroman se seguían oyendo incluso en la alcoba de Annay, y eran más fuertes que sus sollozos.

CAPÍTULO III EL MERCENARIO

FUE el hedor espantoso lo que despertó a Almunic. Las inmundicias de cientos de hombres a los que había engullido la soledad de aquella mazmorra se amontonaban en el húmedo suelo de piedra. Estuvo a punto de vomitar al sentir aquella vaharada nauseabunda.

Asqueado, se levantó como si en el suelo, allí donde estaba tendido, hubiese un nido de víboras. Pronunció horrendas blasfemias contra sus dioses bárbaros, mientras apartaba a manotazos toda la porquería humana que se había adherido a su oscura piel, y luego arañó las piedras de los muros con sus manos para verlas libres de heces y no soltar lo poco que tenía su estómago.

La oscuridad era absoluta, salvo por la escasa luz que entraba por entre los barrotes de la recia puerta y por la que pudo ver otras puertas con barrotes como la que lo separaba a él de la libertad. No estaba encadenado, pero de nada le servía poderse mover sin el tintineo metálico de las cadenas, y estaba semidesnudo, con unas sucias calzas de cuero como única prenda. Ni siquiera le habían dejado las botas.

Aporreó la puerta con saña, intentando derribarla, trató de arrancar los gastados barrotes con sus nervudas manazas, pero todo fue inútil. La puerta aguantaba todos sus embates, y los oxidados barrotes de acero no cedían. No podría salir de allí por su propio esfuerzo.

Comprendió que de nada servía gritar y maldecir, o destrozarse los puños contra la recia madera. Había jugado y perdido,

simplemente. A veces, el Destino no apoya los deseos humanos, no ayuda a los reyes en sus empresas ni sirve a sus ambiciones.

Se tranquilizó y, con una fiera sonrisa, trató de imaginarse a sí mismo en el cadalso, ante el encapuchado verdugo que pondría fin a su vida con el mortífero filo de un hacha. Se oían débiles gemidos en otras celdas. Más víctimas del loco al que pretendió derrocar, sin duda...

El plan estaba bien urdido. Sus hombres podían acabar con la guardia de palacio sin ningún problema, y una vez tomado el palacio real, todo lo demás habría sido sencillo. Todos los nobles y generales leales al rey, y el rey mismo, hubiesen pasado por los cuchillos, y la corona habría parado a su frente. Tenía el apoyo de varios reyes que veían en Aram a un peligro que había que suprimir, y de no ser por aquella sucia traición aquel reino no habría tardado mucho en tener un nuevo soberano.

Apretó los dientes. Hubiera deseado tener en sus manos al traidor que aceptó el oro de Haaroman para vender a sus compañeros, pero ni siquiera sabía su nombre, ni podía sospecharlo. Podía ser cualquiera... ¿Diego de Karfa? ¿Amura? ¿Joeldha-Bary? Entre los suyos, había hombres feroces de todo el mundo conocidos: acianos, wadoris, maladios, bherigios, e incluso guerreros negros de tribus escondidas en las selvas del sur... Eran asesinos, piratas, desertores de cien ejércitos, perseguidos de la justicia, pero tenían su propio código de moral, como él mismo, y ahora la mayoría de ellos se estaban pudriendo en la conquistada Travia por la vileza de uno de ellos.

Había pasado mucho tiempo desde que se convirtiera en jefe de aquellos valientes sin patria. ¿Tres años? ¿Tal vez cuatro? ¿O más...? No podía estar seguro. Fueron muchas las tierras que recorrió sirviendo a uno u otro señor, e incontables las batallas en las que participó. Tantas batallas... Tantas heridas... Y ahora dejaría la vida allí, sin empuñar una espada en su diestra, tal como jamás creyó que moriría ni en sus peores pesadillas.

Sus pensamientos eran negros y sombríos como las tinieblas que lo rodeaban. No tenía miedo; jamás temió a la muerte. Se había criado con ella, la había tenido a su lado durante toda la vida, lucharon juntos, codo a codo, cada minuto, cada segundo de su turbulenta existencia. Sabía que tarde o temprano le tocaría el turno

a él. Pensaba en ello cada vez que su espada mordía profundamente en la carne de sus enemigos. No podía, pues, temerla ahora…

Transcurrieron horas de silencio y recuerdo en el lóbrego y húmedo calabozo. Recuerdos de aventuras que hicieron su vida intensa y que nadie salvo él pudo disfrutar de aquella manera. Recuerdos de tierras oscuras y exóticas, de cosas prohibidas que él había visto arrastrándose en el fango del olvido durante sus viajes, de ciudades esplendorosas, de mujeres hermosas y apasionadas, de guerras en las que su espada estuvo presente, de vinos dulces que hacían la vida hermosa en los escasos momentos de hastío. Recuerdos que ahora evocaba en silencio, dándose cuenta con amargura de que todavía quedaba mucha vida que aprovechar, muchas maravillas que contemplar…

Y pensar que había tenido tan cerca un trono…

No sabía cuánto tiempo pasó perdido en sus pensamientos, cuando oyó pasos al otro lado de la puerta. Pasos que se detuvieron ante su celda, para convertirse después en el chasquido metálico de un cerrojo, que levantó ecos en los muros de su prisión. Almuric se echó hacia atrás.; Gruñeron entonces los goznes cubiertos de orín. La vacilante luz de una antorcha entró por la rendija abierta.

Él bronceado cuerpo de Almuric se llenó de sudor. ¿Ya era la hora…? ¿Tan pronto había llegado el nuevo día? Se preparó para saltar como una pantera herida sobre su cazador, encogido en las sombras. Sus ojos brillaban en la penumbra, fijos en la puerta que poco a poco y con secos quejidos se iba abriendo.

—¿Estáis ahí, general Almuric?

Le sorprendió oír una voz de mujer al otro lado de la puerta que se abría, y más aún ver la oscura y delgada figura envuelta en una capa que apareció a contraluz, pero continuó oculto en las sombras, tensos todos sus poderosos músculos bajo la piel llena de cicatrices. Cubría su cabeza con una capucha que formaba parte de la capa, que parecía las negras alas plegadas de un murciélago, y parecía no haber nadie más con él.

—¿General Almuric? —oyó de nuevo la voz de mujer, una voz que le resultaba familiar, brotando de la sombra encapuchada que tenía ante sus ojos, casi cruzando ya el umbral de la prisión—. He venido a ayudaros, como vinisteis vos cuando yo lo necesitaba. El guardián está muerto; no podrá dar la alarma. Sois libre.

Al pronunciar tales palabras, pálidas manos de mujer echaron atrás la negra caperuza. Una cascada de cabellos dorados brotó al instante, y un rostro hermoso, unos ojos que buscaban afanosamente en la oscuridad, aparecieron allí donde antes sólo había sombras. El mercenario la reconoció: era Iriana, la muchacha aramita a la que salvó de una suerte horrible y de cuyo espléndido cuerpo gozó una noche, meses atrás, antes de que partiese hacia Arcania.

Cuando el guerrero extranjero salió a la mortecina luz de la tea que sostenía en su diestra, Iriana sintió un escalofrío. Le daba miedo aquel gigante de bronce qué emergía silencioso como un fantasma de las sombras, era pavor lo que le producía su mirada, pero desde que probó sus caricias estaba segura de que no hallaría descanso en otros brazos que no fueran los suyos.

—Mi señor… —musitó.

Almuric no dejó que se arrodillase ante él. La sujetó por los hombros y sonrió con franqueza, atrayendo su mirada. La muchacha tembló de nuevo, y el guerrero lo notó.

—Ahora soy yo quien te debe la vida, muchacha —confesó—. Has salvado mi cabeza, bien lo sabe Lyr. Sólo espero que podamos salir de aquí sin que nadie nos descubra o serán dos las cabezas que rodarán en el patíbulo.

—Conozco la salida —susurró ella, sacando de entre sus ropas una daga que entregó al mercenario—, no temáis… Nadie nos cogerá.

Precedido por la muchacha, que alumbraba sus pasos y parecía saber muy bien cuál era el terreno que pisaba, pasó ante decenas de mazmorras alineadas, tras de cuyas recias puertas se podían oír los gemidos y lamentos de los encarcelados, las carreras apresuradas de las ratas y los gritos enloquecidos de hombres desesperados. Iriana, en cierta ocasión, miró a través de los barrotes de una puerta y se retiró un momento después, aterrada, al ver un cadáver medio devorado por las ratas a la luz de la antorcha. Sólo los brazos de Almuric impidieron que cayese sin sentido.

El cadáver del guardián estaba al pie de las escaleras de piedra que llevaban a los calabozos. Iriana pasó con rapidez sobre él, procurando no mirarlo. Estaba claro que no se enorgullecía de su hazaña. El mercenario vio las heridas que una hoja de metal abriera

en su pecho, por las que se escapó la vida, y también pasó por encima de él, no sin apoderarse de su espada, que empuñó con alegría evidente. La gruesa verja de metal que protegiera con su vida estaba levantada.

Siguieron en silencio a lo largo de corredores y más corredores donde descansaban la artesanía de lejanos reinos, pequeñas esculturas que sin duda formaron parte de botines mucho mayores arrebatados por la sangre y las armas, sedas y tapices traídos de Nemay y Enana… La fiesta continuaba en palacio. Podían escucharse risas femeninas y las voces ansiosas de los hombres en la distancia. La orgía ya habría estallado sin duda entre la depravada corte de Aram, y el vino rojo, las mujeres hermosas y los manjares abundarían a lo largo de toda la noche e incluso más allá, mientras quedasen fuerzas para continuar.

Espada en mano» mientras caminaba tras las nuevas formas de Iriana, el mercenario luchaba contra sus deseos de salvaje venganza. En otro tiempo, tal vez no lo hubiera pensado y se habría lanzado ciegamente para matar a Haaroman y causar estragos en palacio, con un salvaje grito de guerra en la garganta, pero los años habían cambiado sus maneras. De nada le servía matar a Haaroman, salvo quizá para encontrar la muerte él mismo.

La mujer apagó la antorcha entonces. No dijo nada a Almuric. Sólo lo miró y le indicó con el gesto que no hiciese ruido. Comprendió el porqué al ver dos soldados armados con alabardas algo más allá, a la luz de varios hachones encendidos. Se puso rígido, pero quedó atónito al ver que ni siquiera pestañeaban cuando Iriana pasó junto a ellos. Estaban inmóviles como estatuas. Miraban sin ver, aunque seguían vivos. Una magia extraña los mantenía así.

El temor lo invadió cuando una puerta se abrió entre los inmóviles guardianes que la custodiaban. Miró con recelo cómo la joven entraba y le hacía señas para que hiciese lo mismo. Al fin, con un gruñido, se decidió a cruzar el umbral, apretando fuertemente la espada.

Cuando la puerta se cerró tras él, empujada por la propia Iriana, supo que estaba en una alcoba digna de reyes. Todo era lujo y esplendor en rededor, allá donde quiera que mirase. Y fue al ver a las tres mujeres que parecían esperarlo en su interior que

comprendió.

—Annay, reina de Oquendo... —reconoció a una de las mujeres, hermosa como una estrella y de cabellos de ébano brillante—. Había oído hablar de ti, mujer, pero todo lo qué los demás pudiesen decir no encaja con la realidad. Muchas reinas han calentado mi lecho, pero ninguna lo ha hecho como sin duda podrías hacerlo tú.

—Tu insolencia es tan grande como tu arrogancia, no cabe duda —pareció enojada la reina—. Pero ¿qué se puede pedir de un salvaje sin educación? De no mediar Iriana por ti, al amanecer tu lengua ya no sería tan insolente. Agradéceselo a ella que conserves la vida, aunque sigo sin comprender por qué tanto interés en salvar a un bárbaro traidor.

—Necesitamos escolta hasta las montañas del este, mi señora —respondió la joven—. Solas no podremos cruzar el valle. Un hombre armado a nuestro lado nos daría tranquilidad...

—¿Un hombre como éste? —sonrió despreciativa Annay—. Bien, supongo que haría cualquier cosa por oro, y que también tendrá muchas ganas de salir de Akria, si quiere continuar con su cabeza sobre los hombros. Si quieres venir con nosotras, guerrero, puedes estar seguro de que sabré recompensarte. No dejarás Aram sin una buena bolsa llena de oro.

Almuric la miró, pensativo, apoyando la punta de su espada en el suelo cubierto de sedosas pieles. No había fanfarroneado al decir que había gozado con la pasión ardiente de las reinas a lo largo de sus correrías. Para él eran tan tangibles y deseables como cualquier meretriz de taberna. Tal vez más perfumadas y de piel más blanca, pero sólo eso. Sin embargo, no era eso lo que le preocupaba, sino abandonar lo antes posible aquella apestosa ciudad.

—¿Tengo acaso dónde elegir? —encogió los anchos hombros con una sonrisa de lobo—. Sea pues, mujer. Mi vida sigue en peligro, aquí, y ese oro que prometes resulta de por sí suficiente tentador para mí. Mi espada os seguirá, no lo dudéis, pero antes debo preguntaros hasta dónde.

—Las explicaciones más tarde, general —fue la única respuesta que obtuvo—. La noche sigue avanzando y debemos aprovechar sus horas para alejarnos cuanto sea posible de Akria. No perdamos más tiempo.

Las doncellas de Annay trajeron ropas para que Almuric se

vistiese; ricas ropas de noble aramita que el mercenario aceptó con un gruñido, poniéndoselas allí mismo, vigilando casi instintivamente toda la habitación. Un ancho cinturón de cuero con hebilla de oro ciñó la holgada blusa blanca. A lo largo de su pierna izquierda colgó la vaina de trabajada piel en cuyo interior descansaba la delgada hoja de un sable, muy diferente al pesado espadón que llevaba antes. Nadie lo hubiese reconocido con aquellas vestiduras.

Cuando volvió a mirar a las mujeres, éstas llevaban sobre sus hombros negras capas como las que viera ocultando las formas de la joven Iriana minutos antes. No se había fijado hasta entonces en que todas ellas tenían ropas de hombre, e incluso espadas al cinto, para que nadie se diera cuenta de que unas mujeres violaban las seculares leyes de Akria al caminar por sus calles de noche.

—¡Por las pezuñas de Barin! Sois inteligentes y tenéis espíritu, no cabe duda —admitió con una risa franca el mercenario—. No sé por qué deseáis abandonar el palacio con tanta cautela, ni me importa, pero a fe mía que tenéis todas mis simpatías.

—No creo que nos sirvan de mucho, bárbaro, así que guárdatelas. Y no armes tanto ruido o tu cabeza todavía rodará. Síguenos en silencio, y no alejes la mano de tu espada.

Maravillado y divertido, Almuric también se puso una capa, que se agitó con un susurro a sus espaldas, acariciando después la caña de sus botas; Iriana abrió de nuevo la puerta de las habitaciones, y de nuevo pudo ver las rígidas figuras de los centinelas, el brillo de sus cascos y alabardas iluminados por las antorchas. Tal como ordenó Annay, su diestra aferraba la empuñadura del enfundado sable, mientras pasaban entre los vigilantes guardianes. No apartó su mirada centelleante de ellos hasta que no se vio lejos del alcance de sus armas.

—¿Qué les sucede a esos dos? —preguntó, inquieto y tenso como una pantera acorralada—. Parecen embrujados.

La suave risa de Annay de Oquendo lo desconcertó.

—Lo están —respondió enigmáticamente con un susurro. Sus ojos brillaban en la penumbra como los de los gatos—. No te preocupes por ellos, pues no molestarán durante algunas horas. Fueron mis manos las que los inmovilizaron como si sus músculos y hasta sus mismas almas se hubiesen convertido en piedra. ¿Quieres

probarlo tú también, general Almuric?

Vio un resplandor purpúreo en su diestra cerrada, entre los dedos pálidos y marfileños, que parecía resbalar por ellos para luego convertirse en pequeñas columnas de humo. Eran cenizas, por lo que pudo distinguir, finísima ceniza de aquel extraño color. Sintió un escalofrío, y se echó atrás; Annay volvió a reír, burlona, y tiró las cenizas al suelo. Una nube fantástica, en la que parecían flotar vagas formas etéreas, se elevó sin ruido.

—No sólo los brujos saben magia, extranjero. También los reyes de Oquendo tienen contactos con lo oculto. Recuérdalo siempre...

Almunic miró a los dos centinelas una vez más. En aquella era arcaica y salvaje, situada en los albores de la Humanidad, la magia era algo habitual y a la vez terrorífico. Oscuros arcanos, extrañas ciencias florecían en las siniestras sombras de lo antiguo, de lo olvidado. Allí la magia era realidad, las leyendas de carne y hueso, y los dioses demonios existían. Almunic lo sabía.

Con un resoplido, siguió a las mujeres. Odiaba la magia, pero aún odiaba más el filo del hacha junto a su garganta. Caminaron hasta los jardines de palacio, que ahora, bajo la luz de la luna, albergaba sombras inquietantes; el silencio era una pesada losa que caía desde las estrellas, con cósmicos ecos de horror que el mercenario sentía. Un silencio que Iriana rompió al abrirse paso entre la frondosa vegetación y llegar a una porción de las murallas oculta por los árboles y la espesura. Con evidente esfuerzo, tiró de una de las piedras, despegada de las demás con infinita paciencia para que no se notase desde el exterior, y, con un crujido, cedió, dejando un agujero por el que las mujeres cabían sin mucho esfuerzo.

Iriana miró preocupada a Almunic. Su corpulencia le impediría pasar a través del agujero abierto. Prácticamente le sería imposible cruzar; pero el mercenario sonrió con sorna y miró hacia arriba, mientras echaba hacia atrás su capa para que no le estorbase. Luego, obligó a salir a las mujeres.

Una vez al otro lado, sacudieron sus ropas. Iriana miró con ansiedad a la secreta salida que ella misma descubrió un día por casualidad. No vio la negra melena del guerrero de lejanas tierras, y sí únicamente sombras. En rededor, la ciudad de Akria permanecía tranquila, dormida, ajena por completo a lo que sucedía en sus

calles. Su vida nocturna era ínfima, por no decir nula, muy diferente a las de otras ciudades donde la noche se llenaba de vida…, y de muerte, de alegría y miseria, de fiestas y dolor. Akria era austera y rígida, no permitía que la corrupción manchase el empedrado bañado por la luz de la luna.

Oyeron ruido sobre sus cabezas, y al levantar las miradas, sorprendidas, vieron la alta figura del general mercenario de pie sobre las murallas. Había más de tres metros, pero allí estaba, y pronto se tiró de un salto hasta la calle, para caer agazapado en las sombras. Al acercarse, sonreía.

—Esas murallas las hicieron para mujeres y hombres torpes, no para un guerrero de mi raza.

Poco después entraban en un establo destartalado y sucio, donde aguardaban cinco monturas ensilladas y comida suficiente para varios días de camino. Algún contacto en el exterior debió dejarlos allí, tal vez a cambio de oro; Almunic no podía saberlo, pero así era. Cuando salieron, iban sobre briosos caballos que pateaban las piedras de las calles con alegría, y los únicos centinelas ton los que se encontraron los dejaron marchar al ver un documento falsificado cuya firma pretendía ser de Haaroman y que autorizaba a aquellos comerciantes a abandonar la ciudad.

Una vez Akria quedó atrás, Almunic rompió a reír con atronadoras carcajadas, llamando imbéciles a todos los akrianos.

CAPÍTULO IV LA ESPADA Y LA CORONA

LA naturaleza era allí salvaje y primaria como las almas tempestuosas de los hombres; era una tierra dura y agreste, donde los hombres sólo podían sobrevivir si eran como ella. Las montañas se elevaban al cielo como colmillos monstruosos, y el sol, en un cielo plomizo y abrasador, pegaba con furia, brillando cegador en las alturas. En nada se parecía aquel lugar a los valles situados más al oeste.

Los desfiladeros abiertos en las profundas gargantas parecían repetir con ecos interminables el momento en que la tierra se plegó con brutalidad primordial para dar paso a las montañas, muchos milenios atrás, casi incontables, y sólo el cálido viento del sur oía aquellas historias de desastre y creación al pasar entre quebradas y barrancos. Los hombres no las oían, o no querían oírlas, pues odiaban aquella tierra con toda la fuerza destructora que puede tener el odio y al mismo tiempo la temían casi irracionalmente.

Eran hombres de guerra, soldados que lamían las heridas provocadas en algún combate y cuyas ropas estaban desgarradas y manchadas de oscura sangre seca.

Sus alfanjes y cascos no eran aramitas, pues pertenecían al ejército de un reino muy lejano, a las tropas poco duchas en el combate de un país llamado Oquendo, desconocido y hermético como una esfinge para el resto del continente.

Kron-Shai era uno de esos guerreros, el jefe de la escolta que acompañaba a cierta reina en su exilio forzado: Sus cabellos eran dorados como el sol cegador que azotaba las montañas y en sus ojos brillaba un fuego que no podía ser un simple reflejo engañoso. Era

osado y leal. Hubiese dado gustoso su vida por salvar a su adorada reina Annay de las garras de Haaroman, el traidor soberano de Aram que logró apresarla con engaños, y casi vio cumplidos sus deseos cuando él y sus hombres escaparon, por las muchas cicatrices que podían versé en su cuerpo y las toscas vendas ensangrentadas que aún cubrían su amplio pecho.

Descansaba sobre unas piedras, muy cerca del campamento que sus hombres construyeron entre las montañas, preocupado por la suerte de su señora, cuando oyó gritos excitados en el lugar elegido como escondite para los oquendios huidos; eran voces jubilosas lo que llegaba hasta él, y no comprendió hasta que se incorporó con rapidez y corrió hasta donde sus guerreros se habían arremolinado lanzando vítores con los alfanjes y lanzas en alto. No comprendió hasta que descubrió con sus propios ojos los sudorosos corceles que sus hombres aguantaban con mano férrea. Fue entonces cuando vio a la mujer de negros cabellos revueltos y ropajes sucios del polvo del camino, ante cuyo paso los guerreros se arrodillaban dando gracias a los dioses.

—Mi reina...

Se arrodilló al descubrirla, dejando caer su espada, a punto de brotar lágrimas de emoción de sus ojos.

Annay se acercó a él y le ordenó con voz suave que se incorporase. Cuando lo hizo, el joven guerrero oquendio sintió un nudo en la garganta.

—He regresado, Kron-Shai, mi fiel y valeroso Kron-Shai —dijo, y al hablar ella, los gritos de alegría cesaron—. Mi cautiverio en Akria acabó, y pronto las fronteras de Aram nos verán marchar lejos. Pronto, soldados de Oquendo, regresemos a nuestra amada tierra, a los límites del mundo, donde se alza la gran isla que abandonamos hace años ya.

Alborozados, felices, los guerreros volvieron a alzar sus voces, y las montañas participaron también con su alegría. Un caballo piafó y los hombres volvieron las miradas, dejando paso el júbilo al recelo. Un silencio espectral gravitó de pronto sobre los oquendios armados. No se habían fijado antes en el gigantesco personaje de piel broncínea que acompañaba a las mujeres y que aún no había desmontado, contemplando con sonrisa sarcástica cuanto acontecía desde el lomo de su corcel.

—Me marcho, mujer —habló en aramita el coloso de oscura melena—. Ya estás con los tuyos y nada me detiene en Aram.

—Ahora recibirás el oro que prometí.

—Olvídalo, reina de Oquendo —rechazó con una sonrisa—. Era algo que debía a cambio de haberme salvado la vida. No vine por el oro, si eso era lo que pensabas. Además, vosotros lo necesitaréis más que yo, pobre vagabundo que ya no tiene hombres a los que mandar.

Annay caminó hasta el titán bronceado que, erguido sobre el negro caballo aramita, parecía un dios mitológico de la guerra. La funda de su espada golpeaba el flanco izquierdo del animal. En la distancia, el horizonte se ensangrentaba con la lenta caída del sol.

—¿Hacia dónde irás, guerrero?

—¿Quién sabe? —encogió los hombros—. Tal vez pueda enrolarme en alguna de las guerras que asolan el sur. Incluso es posible que los acianos me acepten en sus ejércitos para rechazar a los aramitas que han invadido sus fronteras..., y aplastar a Haaroman. Os deseo suerte, oquendios.

—¡Aguarda, extranjero! —Annay sujetó las bridas de Almunic cuando ésta se disponía a partir—. Ya que no aceptas el oro, no rechaces nuestra hospitalidad. Ha sido duro el viaje y todos estamos hambrientos. Aguarda y descansa ésta noche con nosotros para, marchar con el amanecer.

Almunic miró el horizonte poblado de rocas y montañas y, por toda respuesta, se limitó a desmontar. Acia estaba lejos y era mejor comenzar el largo periplo con el estómago lleno.

* * *

Llegó la noche, las montañas se poblaron de densas sombras y el silencio reinó en el campamento; ya no reían los soldados alrededor del fuego que era la única luz, aparte de las estrellas y la luna gibosa, sobre las peladas rocas, ni se contaban historias de Oquendo, de sus leyendas y mujeres, de sus peligros y misterios; el día siguiente sería duro, y el otro, y el otro también... Para marchar de Aram debían tener a mano todas sus fuerzas, y aquélla tal vez fuese la única noche de auténtico descanso que les quedaba.

Apenas eran una veintena los guerreros que Almunic pudo distinguir al llegar, y de ellos sólo cuatro permanecían en vigilia, apostados en lugares altos para escudriñar con facilidad los

alrededores. Vio también en pie al rubio Kron-Shai, conversando junto al fuego con la reina Annay, que a sus resplandores de lívida claridad semejaba un hermoso y fugaz fantasma. No podía oír lo que decían, ni le interesaba.

Se incorporó y ciñó cinturón y sable a su cintura. La luz de la luna menguante se reflejó en su poderoso torso desnudo, en sus brazos, bajo cuya piel culebreaban como cables de acero, a cada movimiento, músculos y tendones, en la empuñadura de su espada. No estaba tranquilo. No en aquéllos lugares de los que tanto había oído hablar en la capital, Akria: los montes de Gnath, hogar de pesadilla y cuna de demonios, para las supersticiosas gentes de Aram. Por mucho que lo intentaba, no conseguía apartar de su cabeza las historias que sobre tales montes circulaban con voz temerosa entre las solitarias callejas.

Sin embargo, no eran fantasmas quejumbrosos ni demonios espeluznantes los que le impedían dormir. Si había algo de eso allí, aquella noche sin duda estarían durmiendo a pierna suelta, como todas las noches desde que los oquendios llegaron, pues no habían oído nada sobre cosas de ultratumba en sus labios. Más bien sospechaba que eran las frecuentes y extrañas miradas de Kron-Shai, obsesivas y casi irritantes, lo que lo mantenían en vela. No parecía profesarle mucha simpatía el joven oficial de la escolta personal de Annay, aunque podía jurar que la causa no era él mismo, sino la propia reina.

Dejó a un lado aquellos pensamientos y se internó en los monstruosos recodos de piedra de las montañas, aspirando el fresco aire de la noche, disfrutando del silencio que lo envolvía con su abrazo perfumado. Brillaban las estrellas en el cielo sin nubes, titilando en la oscuridad, sabedoras de secretos milenarios que se ocultaban entre cada roca, en cada sombra que el bárbaro jefe mercenario hollaba con sus pies. Silbaba el viento tenue, agitando su negra melena desordenada. Allí acababa bruscamente, como cortado a cuchillo, el camino accesible. Un precipicio enorme, aterrador, ocupaba su lugar; y, más allá, el montañoso horizonte, las recortadas siluetas llenas de bruma y soledad que los aramitas llamaban Gnath. A su derecha, vigilando desde lo alto de un farallón; pudo distinguir la sombra de un centinela y el brillo del acero en su mano.

Iriana, la joven doncella rubia que seguía a su señora en su exilio, estuvo observando al gigante bárbaro sin poder apartar la mirada de él; al verlo perdiéndose entre las rocas, se levantó del jergón de piel que era su lecho, alisó sus vestiduras con las manos y lo siguió en silencio, procurando no atraer la atención de su reina y el joven Kron-Shai, que continuaban inmersos en una grave conversación que sólo podía intuir. Cauta y sigilosa, dejó atrás los tranquilizantes resplandores de la hoguera y sus danzarinas llamas y pronto reconoció entre las sombras la de Almunic, que contemplaba las salvajes e indómitas montañas desde el borde mismo del acantilado, perdida la mirada.

Se alarmó al darse cuenta de que él ya había descubierto su presencia, pese a que ni siquiera ella podía oír sus pies descalzos sobre la piedra; recordó entonces que algo parecido sucedió la primera vez que se vieron, allá en las calles de la prohibida Akria. El aventurero habíase erguido y la miraba, encendidos los ojos con apasionado fuego azul. Su expresión, empero, no había cambiado; seguía ceñudo, cejijunto, sin dulcificarse su gesto lo más mínimo.

—Perdonadme, mi señor —se inclinó ante él, avergonzada, teñidas sus mejillas de un sano rubor—, no pretendía molestaros. Yo...

—Acércate, muchacha —aceptó él su presencia con un ademán —. No quiero que te arrodilles en mi presencia. Deja eso para tu reina y trátame a mí como a tu igual. Soy yo quien te debe algo que nunca podré pagarte...

—Vos salvasteis mi vida antes; no me debéis nada...

Se había acercado con timidez. Frente al gigante de bronce, parecía una hermosa llama blanca en un universo oscuro. Seguía arrobada, frágil, quebradiza entre los rudos dedos de Almunic.

—Ya entonces me pagaste, muchacha, con lo mejor de ti —rechazó el bárbaro—. Mi deuda contigo será eterna, y llegue donde yo llegue será gracias a ti. Si me necesitas, si alguna vez precisas un brazo fuerte, una espada, tendrás en la mía la más afilada.

La reacción de la joven Iriana sorprendió a Almunic. Se abrazó a él con desesperación, gimiendo de angustia, rodeando su cuello con los delgados brazos de marfil; había lágrimas en sus ojos; lágrimas de dolor que resbalaban por sus mejillas.

—¡Por favor, mi señor, no marchéis! —sollozó—. ¡Soy vuestra

en carne y alma...! ¡Vuestra para siempre! ¡No podría soportar teneros lejos de mí...!

—Los dioses te confunden, niña —rió entonces el bárbaro, alzándola por la cintura con un solo brazo. Iriana se aferró con más fuerza a él, asustada, y se encontró con la volcánica mirada de Almunic—. Te doblo en edad... ¡Podría ser tu padre!

—No os pido nada: sólo que no os apartéis de mi lado, que estéis siempre cerca para poder amaros con todas mis fuerzas...

—Ven conmigo entonces y marchemos al Mar Interior —exclamó Almunic, fogoso—. Te haré reina de sus costas; cubriré de sangre las aguas en tu nombre hasta que todos te adoren como a una diosa...

Ella bajó la mirada y un suspiro escapó de sus labios gordezuelos. El viento jugaba con sus cabellos, que ondeaban como una bandera de oro puro en las sombras de la noche.

—No puedo... Mi reina me necesita y no puedo abandonarla ahora. Es imposible y lo sabía, pero quería pensar que tal vez vos... Olvidad mis palabras, os lo suplico, y seguid vuestro camino.

Se escapó de sus brazos como la brisa entre los dedos y la vio alejarse, pero no intentó detenerla. Se quedó allí, mirando de nuevo el horizonte. Aquella noche un corazón joven y puro sangraba, pero él sabía que así era mejor, pues la herida no tardaría en sanar. Sacudió la cabeza como un león. Tal vez su idea de conquistar con el fuego y la sangre las apacibles aguas del Mar Interior, tan cercanas a la propia Akram, no fuese tan descabellada. Los piratas abundaban allí, pero no tenían un jefe que los uniese...

Un olor incalificable, dulzón, repugnante como el de una charca putrefacta, lo envolvió; las estrellas parecieron perder su brillo durante un fugaz instante, y la oscuridad se hizo más densa, más pesada. En un mundo de piedra gris y sombras malignas, Almuric se arqueó con todos los sentidos alerta, tensos los músculos y con la diestra en la empuñadura de su espada. Un escalofrío de horror sin nombre recorrió su espalda, mientras miraba en rededor con ojos centelleantes, intentando taladrar las tinieblas; no dudó, en sacar el sable de su funda de piel, con la súbita convicción de que el silencio reinante era engañoso y el peligro acechaba río muy lejos. Era un olor desconocido, que por mucho que lo trataba no conseguía identificar, pero que asociaba vagamente con la sombra corrupta de

un horror primordial, lejano y a la vez espantosamente tangible.

El alarido de muerte que siguió confirmó sus temores y señaló una dirección concreta como origen de todo; una dirección que sus ojos siguieron con sobresalto y que le revelaron en toda su estremecedora realidad lo que se ocultaba entre aquellas montañas del infierno.

—¡Por Barin!

Apenas se dio cuenta de que sus labios se movían. Pronunció el nombre de uno de sus dioses por puro instinto, sin voluntad consciente, pues sabía que no recibiría su ayuda, salvo tal vez para infundir valor a su corazón de guerrero. Todavía las montañas repetían con sobrenatural insistencia todo el horror que una voz humana puede expresar, cuando el grito volvió a rasgar, la noche. Pero ya para entonces; Almuric saltaba para enfrentarse al espanto preternatural que las montañas ocultaron.

En la atalaya de piedra desde donde poco antes vigilaba, el centinela oquendio se agitaba aterrado, presa de la abominación que de pronto había surgido de la nada. Sus siluetas se recortaron en el cielo estrellado. Alas membranosas batieron la oscuridad y unos colmillos agudos como cuchillos se hundieron en la carne del centinela, que aulló una vez más, con la sangre ardiendo por un veneno mortal, que acabó con su vida en cuestión de segundos. Cuando Almuric llegó, después de escalar }a roca con los dedos, ya sólo era un cadáver.

Ya en el farallón, agazapado como un tigre al acecho, brillante el largo acero de su espada, vio la espasmódica agonía del centinela oquendio, la sombra escalofriante que le rodeaba como, una negra sierpe. Almuric recordó, al ver los malignos ojos fijos en él, al oír el diabólico siseo que brotaba de aquella garganta repugnante, las oscuras leyendas que hablaban de los demonios que vigilaban los estrechos desfiladeros de Gnath, de las abominables criaturas que los infiernos parieron para que ningún mortal hollase con sus pies aquellas montañas malditas; recordó las vagas alusiones a aquellos demonios que corrían de boca en boca por las solitarias callejas de Akria y que sus oídos bárbaros captaron. Entonces creyó que todo eran absurdas patrañas; ahora, no estaba tan seguro. La visión de aquel espantoso ser alado confirmaba su realidad; el hedor que emanaba de él seguía siendo tan dulzón y desagradable que

resultaba incluso vomitante.

Sintió un estremecimiento de puro terror primitivo al acercarse. La forma del monstruo se hizo más concreta, dejó de ser una simple sombra recortada a la luz de la luna, pero no por eso dejó de ser menos inquietante, menos terrible. Su semejanza con las serpientes era extraordinaria. Se preguntó si en tiempos remotos las criaturas que se arrastraban tendrían aquellas formas repulsivas, si aquellas alas membranosas, aquellas negras escamas, habían surgido del silencio de siglos o de abismos innombrables que el hombre sólo ha visto en olvidadas pesadillas y de los que sólo hablan los libros prohibidos y los sacerdotes de extraños cultos dedicados a dioses aún más extraños; pero no había respuesta, aunque la realidad —pese a ser demencial sólo el pensarlo— estaba ante él. Los ojillos de fuego amarillento lo miraban desde el rostro reptilesco, el silbido furioso se hizo más fuerte y las oscuras alas se agitaron con violencia.

Dio gracias a todos sus dioses cuando reunió el valor suficiente para abatirse en silencio sobre el engendro de negras escamas. La criatura se arqueo, colérica, y un arco de plata quebró la luz lunar, para llenar de blasfema sangre la noche. Decapitada, moribunda, aleteó con auténtica desesperación, tal vez en un supremo y fútil intento por huir hacia las tinieblas que le dieron vida, pero no lo consiguió y dejó la vida entre las montañas, cayendo inerte sobre las rocas su cuerpo sin cabeza. Negras nubes ocultaron la luna entonces en el firmamento, haciendo la noche más oscura!, como si los mismos cielos ocultasen su rostro ante la sangre fría y espesa que goteaba de la espada del guerrero. Era sangre de los demonios de Gnath..., de uno de ellos, al menos.

No pasó mucho tiempo hasta que oyó voces tras él y, el sonido de botas sobre la piedra desnuda, aunque a Almuric le pareció una eternidad, mientras contemplaba los negros anillos inmóviles ahora, la chata cabeza tan parecida y tan diferente al mismo tiempo a las de los ofidios que él conociera; Annay y algunos de sus hombres, entre ellos el propio Kron-Shai en vanguardia, se acercaban alertados por los gritos, empuñadas las armas, aunque ya no sirvieran para nada. No hizo falta que el mercenario hablase, pues los gestos de horror y la súbita palidez en los rostros de los recién llegados le hicieron comprender que no era necesario, que ya

habían visto el diabólico cuerpo anillado a sus pies.

—¿Qué es eso? —jadeó Kron-Shai, asqueado y lleno de horror, después de comprobar que el vigilante estaba muerto, completamente amoratado e hinchado por la acción de un potentísimo veneno—. ¿Qué clase de demonio...?

—Sólo Lyr lo sabe, por fortuna —respondió Almuric con un gruñido, limpiando su espada con las ropas del muerto—, y yo no pienso preguntárselo. Prefiero ignorarlo y conservar la cordura.

Enfundó la espada e intentó marcharse, pero Annay lo detuvo. Aunque su rostro estaba lívido y en sus labios había un ligero temblor, estaba hermosa entre las sombras de la noche, alborotado su pelo por la brisa y fogosa la mirada al posarse en él.

—No te marches, Almuric —dijo, atrayendo también la atención del joven Kron-Shai—. Necesito un guerrero como tú a mi lado, una espada que no vacile en matar si yo lo ordeno. Te cubriré de riquezas mayores de lo que jamás soñaste si me escoltas y obedeces todas mis órdenes, sean éstas cuales sean, hasta llegar a la inmortal Oquendo.

—¡No, mi señora! —intervino el jefe de la escolta, excitado y al parecer dolorido—. ¡Me prometisteis que sería yo quien...!

—¡Silencio, Kron-Shai! —sus ojos lanzaban llamas de ira al mirarlo—. ¿Acaso te opones a la voluntad de tu reina? ¿Te atreverías a hacerlo...?

El guerrero no respondió. Rojo de ira, con los dientes apretados, lanzó una mirada asesina al mercenario de desconocidas tierras bárbaras y se marchó con dirección al campamento, sin volver en ningún momento la vista. Almuric lo vio alejarse con el ceño fruncido, mientras que la morena y hermosa reina de Oquendo lo miraba a él. Tras ellos, los soldados de la guardia real ensartaban con sus lanzas al negro demonio muerto y lo lanzaban acantilado abajo, para después llevarse el cadáver de su camarada; no podrían despedirlo según sus ritos fúnebres y su espíritu vagaría durante toda la eternidad entre aquellas montañas que tan cerca parecían estar de los abismos infernales.

—¿Y bien? ¿Qué respondes, bárbaro?

—Ya pagué mi deuda trayéndote hasta aquí, mujer. Ahora tanto me da ir a un lugar como a otro, mientras la paga sea buena, las mujeres cariñosas y la aventura esté cerca; nunca antes estuve en

Oquendo, pero por lo poco que he oído sobre ese reino, tal vez valga la pena; si todo eso existe allí, sea, reina de Oquendo: mi brazo armado estará a tu lado.

—Juro, bárbaro, que nunca lamentarás este momento… —había pasiones inconfesables tras aquellos ojos que lo miraban—. No te arrepentirás de venir conmigo…

CAPÍTULO V LAS ISLAS MUERTAS

LAS olas saltaban con salvaje alegría durante aquellas horas del amanecer, viendo salir por el horizonte teñido de rojo el brillante disco de dorado fuego, cuya luz borraba como un exorcismo purificador las pesadillas que por las noches asaltan a los hombres de espíritu débil; al fuerte viento con olor a salitre y yodo hinchaba las velas del ligero bajel, que con su afilada proa cortaba las plateadas aguas, dejando tras de sí una profunda herida de blanca espuma; crujía el maderamen con el bamboleo incesante del rápido navío. Una figura contemplaba desde su proa el horizonte pintado de púrpura y oro, las bravías aguas inquietas que la quilla aún no había partido en dos, la plata líquida que lamía al casco con furioso bramido... En su aspecto había algo de terrible y de nobleza a la vez, que se reflejaba en su dura mirada; llevaba una negra cota de malla cubriendo su recio pecho y espalda que dejaba libres los brazos musculosos, sólo protegidos por unas oscuras placas de metal que llegaban hasta sus bíceps; un cinturón hecho con las crines de una yegua sacrificada a los espantosos dioses de Enaria y adornada con bruñidos discos de dorado metal donde aparecían en relieve burlonas carátulas aguantaba la funda de gastado cuero en cuyo interior descansaba un gran espadón con empuñadura de marfil; el taparrabos de piel sólo podía ser wadori, pues sólo ellos ornan con diminutas y extrañas piezas de plata el arrancado pellejo de los pumas que sus guerreros usan como únicas vestiduras, y sus botas de oscuro cuero repujado fueron hechas en una ciudad de Malad a cambio de una buena cantidad de oro. Apoyado uno de sus pies en la borda y con la diestra sobre la pierna en una instintiva pose

marinera, ondeando sus negras greñas desordenadas al viento, el gigante extranjero parecía ajeno a todo lo que lo rodeaba, que no fuese la contemplación de la azulada inmensidad marina que se extendía ante él como una interminable alfombra de colores opalino, turquesa y oro.

Los fulgores del amanecer llenaban de magia y color las puertas de ónice de Oriente, mientras las sombras todavía envolvían los sombríos mares del oeste. Almuric sabía que la negrura sería más densa cuanto más al oeste se adentrasen, y también sabía que era allí precisamente, entre toda aquella oscuridad, donde se hallaba su destino: la inmortal y fabulosa Oquendo, la más grande y antigua de las naciones de aquella era remota. Pero no era hacia allí donde se dirigían; su más inmediato puerto, después de una larga singladura que empezó en las costas acogedoras de Malad, estaba cercano.

Habían pasado meses desde que abandonó las embrujadas montañas de Aram, acompañando en su viaje a los oquendios que protegían a su exiliada reina; habían recorrido los reinos y sorteando los peligros de tan penoso periplo con valor y decisión. Atrás habían quedado los soles abrasadores, las lluvias intensas, las selvas impenetrables, los desiertos, las armas de los benditos... Ahora sólo había mar ante ellos; un mar infinito, una distancia casi tan grande como la que ya habían recorrido, más peligros... ¿Qué más podía pedir un hombre?

Como un murmullo de esperanza, al sol seguía alzándose en los cielos, ganando su batalla diaria contra la oscuridad que puebla el mundo una vez pasadas las últimas horas del crepúsculo. El viaje hacia el sur proseguía. No se separaban mucho de las tierras del continente, aunque a medida que pasaban las horas y los días la distancia era mayor; y también el nerviosismo entre los tripulantes.

Aquel navío se llamaba Darken, que según lo poco que conocía sobre el idioma maladio quería decir algo así como «Los-Que-Se-Alejan»; era un barco pequeño y resistente, veloz como el rayo y muy ligero, con su única vela izada e hinchada por el viento y dos largas hileras de remos a babor y estribor para usar en las maniobras de atraque y desatraque y en los momentos de calma chicha. Veinte eran sus tripulantes, aparte del capitán. Veinte marineros maladios, supersticiosos y poco agradables, que acogieron de mala gana las noticias que su patrón y capitán traía el

día en que los oquendios pagaron una fuerte suma, generoso pago digno de unos, reyes, por el barco y los hombres que lo gobernaran hasta Oquendo; pero hasta la superstición se vence con el brillo del oro, aunque no ahogue su voz mordiente. Oquendo era uña tierra misteriosa, celoso secreto de unos mares enigmáticos y poblados de leyendas, un reino que pocos habían visto con sus propios ojos y del que apenas se sabía nada, salvo lo poco que contaban los barcos que comerciaban con los países del continente; sin embargo, no era temida, como tampoco eran temidos los lejanos reinos que se dice existen más allá del Mar Interior, donde los hombres tienen la piel amarilla y las espadas son curvadas como la luna en cuarto creciente.

Los rumores a bordo comenzaron cuando la nave puso rumbo hacia el sur, alejándose cada vez más de la costa, en lugar de enfilar su proa hacia la dorada línea del horizonte que cada mañana libera de su encierro el sol. Oquendo estaba en el oeste, perdida en los tenebrosos mares occidentales, en las aguas preñadas de misterio y peligros, tras las que se creía que existía sólo el vacío, un abismo sin fin que no lleva a ninguna parte; al sur sólo habían, más costas, reinos de ardientes mujeres negras y selvas pantanosas de diabólica hechicería y tambores alzando su ritmo salvaje en la noche... Más costas..., y un lugar llamado Yog-Ka, que cada vez estaba más cercano.

Yog-Ka...

Almuric conocía aquellas islas de sus tiempos como pirata en los mares occidentales, tiempo atrás, cuando se convirtió en líder de unos sanguinarios y temibles bucaneros que asolaban las costas y teñían con sangre las aguas a su paso: eran llamadas también las Islas Muertas y corrían sobre ellas singulares historias de horror y muerte que mantenían a los barcos alejados de sus embrujadas orillas. Ya entonces se dio cuenta no sin cierta perplejidad del extraño pánico que inspiraba en aquellos hombres endurecidos por los saqueos y la violencia, hombres cuyas vidas estaban ligadas al mismo mar, la sola mención de aquel lugar; también en las nerviosas miradas de los fornidos marinos del Darkann podía leer aquel mismo miedo, pero no dijo nada a lo largo del viaje.

No sabía los motivos que impulsaban a la hermosa reina Annay hacia el archipiélago que todos los marinos cuerdos evitaban. Nada

había dicho sobre sus intenciones a los hombres que la escoltaban, ni a sus doncellas, pues tampoco Iriana pudo aclarar sus dudas las noches en que se refugiaba, furtiva y ardiente, bajo las pieles donde el bárbaro dormía, muy cerca de la afilada y alta proa del barco.

—¿Nervioso, guerrero?

Annay estaba allí, hermosa y pálida a la luz rojiza del amanecer, envueltas sus generosas y mórbidas formas de mujer en vaporosas sedas maladias, descalza sobre la húmeda cubierta. Se había acercado a él en silencio tras abandonar su camarote. Sonreía.

—No hay motivo para estarlo…, no aún, al menos… —respondió con torva sonrisa Almuric—. No es aquí donde acecha el peligro, ni es el amanecer un enemigo. Todo ello está más adelante, y no tardaremos en verlo. Pero ¿y tú, mujer? ¿Algo turba tus pensamientos?

—Lees en mis ojos como nunca nadie lo hizo, bárbaro.

—¿Y ese algo se encuentra en las islas de Yog-Ka?

Esa vez, Annay no respondió. Ignoró la pregunta y se acercó a la borda, acariciando con una pálida mano los grabados del medallón que pendía de su cuello. Almuric se fijó entonces en la negra sortija que llevaba y cuya joya parecía una gran gota de sangre, opaca y oscura como sin duda debía ser la de los brujos.

—¿Tienes dioses a los que rezar, Almuric? —preguntó de pronto, volviéndose de nuevo hacia él, con los enfermizos destellos del amanecer tras ella rodeando su cuerpo como un amante apasionado. Era una sirena de ojos brillantes y oscura melena frente a un mar agitado y violento, y el corazón de Almuric se estremeció de deseo.

—Yo nunca rezo a mis dioses —aseguró él sacudiendo la cabeza —. Es preferible no pedir nunca su ayuda ni molestarlos con vanos ruegos, porque nunca contestan salvo para enviar desdichas; y yo no quiero sobre mí la ira de un dios enfurecido; prefiero que sea mi espada la que invoque con sangre a todos los infernales espíritus del río de la muerte para que cumplan su trabajo y sean así mis aliados.

—Hay cosas que una espada no puede cortar…

—Procuraré estar siempre lejos de ellas y no tocarlas, como procuro no tocar nunca el fuego —fue su decidida contestación—. Si una abominación se arrastra hacia mí y el metal no la mata, mejor poner alas a loa pies; no hay vergüenza en huir si el

perseguidor no tiene nada de humano, ni el miedo es reprochable cuando el destino puede ser mil veces peor que la misma muerte.

—Cierto —suspiró la reina de Oquendo—. Tal vez en Yog-Ka nos espere algo parecido. ¿Tienes miedo?

—¿Miedo a una sombra, a un murmullo, al susurro de una hoja agitada por la brisa? ¿Miedo al eco, tal vez? No, mujer… No temo a eso.

Pasaron las horas con lentitud y el sol se alzó sobre la vela henchida por el viento, el sudor cubrió los bronceados músculos de los marineros, la proa siguió cortando las aguas espumosas y voces en maladio, incomprensibles para los viajeros, siguieron susurrando en voz baja sobre los horrores que esperaban pacientes en las Islas Muertas: las leyendas decían que en otro tiempo de abismal oscuridad, mucho antes de que el hombre saliera de la bestialidad, cuando aún los mares no habían engullido aquellas tierras, floreció allí una cultura no humana de la que los hombres sólo tenían un vago recuerdo, que desapareció con los cataclismos que hicieron del mundo lo que era, pero cuyos secretos descansaban todavía bajo las aguas y en las gigantescas montañas que el mar nunca cubrió del todo. Nadie se atrevió jamás a desvelarlos, por temor a los vengativos espíritus de los antiguos amos del lugar. Ahora, en cambio, alguien osaba cruzar las aguas para pisar aquellas islas prohibidas en las que al parecer ocurrieron atrocidades tan grandes que nadie tenía el suficiente valor para relatar; historias de hombres que fueron a Yog-Ka y nunca regresaron…

Cuando el vigía descubrió las islas en la distancia, cuando el horizonte dejó paso a las recortadas siluetas de las montañas, los hombres temblaron y sólo la visión de las manos empuñando el acero impidió un motín. De buena gana hubiesen arriado la vela y bogado hasta los mismísimos infiernos con tal de que la corriente no los arrastrase hasta aquellas playas malditas; pero el temor a las armas de los guerreros era aún más cierto que el que pudiesen sentir hacia lo sobrenatural, y las espadas más afiladas que sus supersticiones. Y así, el pequeño bajel se acercó a su destino, distinguiéndose aún más los abruptos contornos, la espesa y salvaje jungla que lo cubría todo en la mayor de ellas, los pelados arrecifes donde aves marinas de extraño plumaje como nunca antes viera Almuric graznaban entre las rocas y volaban con ensordecedores

chillidos casi humanos por encima de las aguas. No pudieron aproximarse demasiado; las rocas lo impedían, y las corrientes eran demasiado fuertes para arriesgarse. Aun así, siguieron la línea de la orilla, rodeando la más grande de las islas durante unas horas como precaución.

Todo parecía desierto allí. Ni la más mínima huella de ser humano alguno se distinguía en la distancia. El silencio era obsesivo, casi molesto, sólo roto por el estruendo de las olas al golpear las rocas que miraban al mar como vigilantes monstruos.

Pronto un bote se acercó a la orilla con rapidez, movido por fuertes brazos cubiertos de brillante sudor que remaban sin cesar. En él iban tres hombres, aparte de la propia soberana de Oquendo, que contemplaba el avance hacia las peligrosas rocas de la costa desde la proa de la embarcación: Kron-Shai, un guerrero oquendo elegido por él y Almuric, el gigante mercenario contratado por la reina. Á golpe de remo, la más grande de las Islas Muertas, la única en la que la densa selva lo ocultaba todo a los ojos humanos, vino hacia ellos, haciéndose a la vez mayor, más oscura la jungla, más amenazadoras sus costas.

Desembarcaron sin demasiados problemas, a pesar de todo. Las corrientes en las aguas que rodeaban la isla eran fuertes y el mar estaba embravecido, aún más que unas horas antes, como si un frío hálito venido de innombrables regiones en lo más lejano del horizonte recorriese las temidas islas de Yog-Ka; mirando al cielo, las oscuras nubes que el viento arrastraba en la distancia, se advertía el cercano peligro del temporal. Aun así, sortearon las rocas y lograron acercarse a la orilla sin estrellarse contra ellas; lo demás fue fácil, aunque la violencia de las aguas los dejó totalmente empapados: bajaron de la barca y la dejaron en tierra firme, a salvo de las corrientes y la tempestad que se avecinaba. En el lugar donde le dejaron anclado y con la vela arriada, el Darkan se bamboleaba, agitado por las olas.

Annay, visiblemente excitada, parecía buscar algo entre la espesura, sin hallarlo por su gesto de ansiedad. La fuerte brisa sacudía la lujuriosa vegetación, las hojas de las palmeras, las altas ramas de los árboles que contemplaban a los intrusos con impávida frialdad. Almuric notó el estremecimiento de la joven señora de Oquendo, y supo que no era la salada brisa quien lo provocaba, sino

un temor oculto en lo más profundo de su alma.

La orden que pronunció después sorprendió a los hombres, que no supieron si obedecerla o no» Las nubes se acercaban; la galerna no tardaría en abatirse sobre el mar del Sur-Oeste; y nadie sabía los peligros que la espesa jungla escondía entre sus tentáculos vegetales. Sin embargo, la orden era tajante, el gesto, determinado.

—Voy a internarme en la jungla —decidió tras lo que parecía una eternidad mirando la oscura frontera. Sus ojos brillaban, poseídos por los reflejos turquesa de la mar—. No me sigáis, si valoráis en algo vuestras vidas..., y la cordura. Esperad aquí... Obedeced, en nombre de vuestra reina.

Vieron alejarse su blanca figura envuelta en sedas; la jungla la engulló con un bostezo ululante, ante la impotente pasividad de los tres guerreros. La palabra de un rey es ley inviolable, voluntad expresa de los dioses, y para los dos oquendios, cuya adoración hacia su reina era casi enfermiza, no había más verdad que aquélla. Por eso, aunque el dolor los desgarraba, no se movieron de allí.

Los minutos se convirtieron en eternidades de larga espera, mientras la negrura se extendía como una mancha leprosa por los cielos otrora limpios y despejados; el viento cargado de salitre y humedad seguía agitando el denso boscaje, y el rumor de las olas crecía, crecía, convirtiéndose en estallidos de furia elemental, en los bramidos de un gigante encolerizado. Almuric aguardaba en silencio, sin apartar la mirada del lugar por donde desapareció la hermosa y valiente Annay, e incluso a menudo tuvo la impresión de que, el tiempo se detenía en aquella isla encantada.

—¿Es que vais a dejarla sola en esa selva mientras se acerca la tormenta? —preguntó de pronto a los dos oquendios, cuando el primer relámpago en la distancia cubrió de oro los cielos—. ¿No iréis en su busca?

—Esa fue su voluntad, bárbaro —respondió Kron-Shai—. Lo único que podemos hacer es obedecerla, aunque el corazón se nos parta, y esperar su regreso.

—¿Y si vuestra reina no vuelve?

Silencio. El temor se revolvía inquieto en las almas de los dos hombres. Si no volvía... Para ellos, la vida era Annay; vivían por ella; morían por ella... Sus destinos estaban unidos. Y, sin embargo, por nada del mundo se atreverían a contrariar sus deseos.

Almuric tampoco dijo nada. Decidido, con la siniestra apoyada en la empuñadura de marfil de su espada, se dirigió hacia la muralla selvática por la que se perdió la reina Annay. La brisa jugaba con su larga melena negra, mojaba su cota de malla, azotaba su rostro atezado.

—¡Quieto, bárbaro! —oyó a su espalda la voz de Kron-Shai, confundida con el fragor terrible de las olas en los acantilados, y al mirarle vio el metal brillando en su mano—. La reina dio una orden y tú la obedecerás, aunque para ello deba destrozar tus entrañas.

Lo respaldó la espada del otro guerrero oquendio, al salir con presteza de su funda. Almuric supo que de nuevo era el odio lo que había en su mirada; odio hacia él, nacido de la pasión imposible que consumía su pecho, de los celos que provocaban los ojos de Annay cuando miraban al mercenario. Supo que aquel odio explotaría.

—Tu soberana no tiene poder sobre mí, guardián —silabeó, con la diestra en el labrado pomo de la espada—, y tu arma no cambiará eso; puede pedirme que matan, que luche, que arriesgue la vida en su nombre, pero no que espere sentado su regreso. Iré donde me dé la gana, oquendio; mejor que no trates de impedirlo, por tu propio bien.

—Por el bien de mi señora lucho, sucio salvaje, y no por el mío. Y por fidelidad a ella mandaré tu negra alma a los oscuros fosos del infierno. ¡Muere, perro apestoso, por la gloria de Oquendo!

Afiladas armas asesinas brillaron a la luz de un sol que las nubes cubrían ya casi por enteró. El odio se había convertido en hojas de plata que pedían sangre para que los espantosos engendros de los abismos se regocijaran. No se oyó el choque del metal; los bramidos de las olas lo impedían, ahogando los febriles sonidos del combate.

—¡Malditos locos! —rugió Almuric, atajando con su propio acero las estocadas de los oquendios—. ¡Atrás, digo, o que los dioses me perdonen, porque no seré dueño de mis actos! ¡Parad esta locura, estúpidos!

No hicieron caso a sus palabras y continuaron con sus ataques, haciéndolo retroceder hacia el acantilado. Las espadas buscaban afanosamente su cuerpo, pero sólo encontraban el aire, o un torbellino de centelleante acero. El bárbaro era un gran luchador; su técnica no era buena, pero lo suplía con creces con su experiencia y

el ímpetu salvaje que la civilización aún no había conseguido atemperar y que le hizo triunfar en cientos de combates a lo largo de los reinos por los que pasó. Fue ese ímpetu, esa furia primitiva cuyos ecos nublan la razón, lo que hizo que Kron-Shai se viese arrojado lejos y golpease el suelo indignamente; y fue ese mismo furor lo que llenó de sangre la mirada del bárbaro, lo que movió su espada en un arco destructor que destripó a uno de los oquendios.

Kron-Shai vio la poderosa silueta del bárbaro iluminado por el relámpago, alzándose victoriosa sobre el cadáver casi partido en dos de su compañero; de su espada goteaba sangre. Y al mirarlo, vio la muerte en sus ojos. Esperaba… Lo esperaba a él…

Se lanzó hacia él con un rugido infrahumano que halló respuesta en los cielos, en los furiosos truenos que estremecieron las densas selvas; la espada buscó el cuello del bárbaro, pero las oscuras placas de metal de sus hombros la detuvieron al revolverse el fornido coloso de negra melena. Los cielos se iluminaron de nuevo y la escena pareció: detenerse, como si el capricho de un dios hubiese inmovilizado aquel instante en el tiempo; el relámpago que se reflejó como una sierpe de plata en la hoja de acero que salía por la espalda de uno de los guerreros.

—Maldito seas, Kron-Shai —escupió una a una las palabras el mercenario, ante la mirada cada vez más vidriosa de su rival en aquel singular combate—. No ha sido mi espada quien te ha matado, sino tú mismo.

Flojearon sus piernas y de su boca brotó sangre. Si pronunció alguna palabra, Almuric no la oyó con el estruendo del mar en las rompientes, pero sí vio cómo sus labios se movían antes de que los invisibles espectros que esperan callados al otro lado reclamasen su alma. Después, lo agarró para que no cayese y liberó su ancha espada, dejándola caer en tierra, ensangrentada. Estaba muerto… Muerto por un amor imposible, por una pasión que lo cegó, por unos cabellos negros como una noche sin estrellas.

Así estuvo durante unos minutos, mirando la faz lívida del guerrero que tanto llegó a odiarlo por una mujer. Luego, depositó el cadáver sobre las rocas, recogió su espada y se internó en la espesura, en los hechizados bosques que el viento azotaba con furia demencial, preguntándose si aquélla era la maldición que gravitaba sobre las islas de Yog-Ka, esperando tal vez una respuesta que

nunca vendría.

CAPÍTULO VI EL REINO DEL FIN DEL MUNDO

TAMBIÉN Annay tenía la sensación de que el tiempo se había detenido en las junglas de Yog-Ka, o de que había atravesado infinitos abismos para sumergirse en un universo que no era el suyo. Los altos árboles impedían ver el cielo, y ya el viento no sacudía la vegetación, ni se oía más allá de las espesas copas, como si de pronto hubiese aplacado su ira. Al principio no se dio cuenta, envuelta como estaba por las sombras y atenta a Su alrededor, como esperando el acecho de algún animal salvaje, pero a medida que se fue adentrando más y más en el húmedo corazón de los manglares advirtió el silencio... La jungla parecía contener la respiración ante su presencia, esperaba tensa y expectante cada uno de sus movimientos, y la quietud era de ultratumba, agobiante y obsesiva; sentía las malignas miradas de ojos fantasmales fijas en ella, vigilándola tal vez desde la propia Oquendo, desde las secretas cámaras que minaban el palacio real y que muy pocos mortales, y sí muchos demonios conocían. Tal vez era uno de ellos el que vigilaba sus pasos.

Se estremeció ante sus pensamientos. Sabía que estaba luchando con fuerzas que superaban su limitación humana; fuerzas que ya eran viejas cuando nació el hombre y que era posible tuviesen allí su origen, en tiempos que hasta la misma tierra ya no recuerda. Rezó entonces a los dioses protectores, de su pueblo, entonando una silenciosa plegaria que por temor no llegó a brotar de sus labios para quebrar el silencio. Esperaba su protección, su amparo, ya que el acero de sus fieles no le acompañaba.

Cuando descubrió los primeros, restos de antiquísimas

construcciones, apenas algunas piedras erosionadas, pero sorprendentemente regulares desperdigadas aquí y allá, invadidas por la selva y casi ocultas en la fronda, un terror irracional se apoderó de ella. Allí, ante ella, tenía las ruinas prehumanas que largos eones de abandono y olvido poblaron de abominables fantasmas y de aterradoras leyendas, ahora convertidas en lecho de plantas tropicales y vegetación exuberante. A la naturaleza no parecía importarle las espantosas historias de maldiciones y demonios blasfemos que tanto temor causaban en los corazones de los hombres. Sus ojos buscaron con ansia creciente entre los montones de escombros, entre las negras piedras que asomaban por encima de la tierra acumulada durante milenios, y por encima de los árboles creyó oír espeluznantes carcajadas que helaron su corazón. Carcajadas demoníacas que venían de todas partes, pero que ella sabía no podían existir allí, en aquel lugar perdido en el océano; Carcajadas que la obligaron a recorrer con más frenesí que nunca las ruinas, hasta descubrir lo que con tanto denuedo esperaba hallar.

Era la única construcción que seguía en pie después, de tantas eras de silencio y oscuridad, protegida sin duda de los afilados dientes del tiempo por las mismas selvas que la rodeaban. Su tamaño era digno de titanes en otro tiempo, aunque ahora sólo quedase lo poco que había quedado resguardado en el interior del bosque; lo demás había desaparecido, víctima de la erosión, y todo lo que se mantenía intacto eran paredes de negro basalto, mudos testigos del amanecer de la humanidad, quebradas columnas adornadas con inhumanos motivos de los que apenas quedaba huella y monstruosos dinteles bajo los cuales la oscuridad parecía mayor, envuelto todo ello por plantas trepadoras, colgantes lianas y lujuriosa vegetación, mantenedoras y destructoras a la vez. La descubrió al internarse de nuevo en lo más profundo del bosque, allá donde los arbustos eran tan altos que su mirada no alcanzaba a averiguar lo que había al otro lado. Y fue allí, tras aquella muralla de jade, donde lo halló.

Annay no sabía qué manos alzaron aquellos enormes bloques de basalto ahora cubiertos de musgo y enredaderas, ni cuál era su propósito. Pudo ser un templo, un palacio, una tumba..., pero ya no era nada, salvo tal vez un recuerdo tangible de lo que aconteció en

la larga noche de los siglos que, el hombre nunca pudo contemplar.

Se acercó, cautelosa, acariciando el medallón que colgaba a la altura de sus jóvenes pechos. Su corazón latía con fuerza, mientras su mirada se perdía más allá del pétreo umbral de su entrada, cuyos vanos carecían de puerta y de huellas que indicasen si alguna vez la hubo. Había grandes agujeros en el techo, que permitían la entrada de la poca luz que podía filtrarse a través de aquel cielo color esmeralda.

Reunió algo de Valor y entró. Tuvo la impresión de que caminaba entre las eras, tan cerca del oscuro reino de la Muerte que casi podía sentir su frío glacial, en lugar del insoportable calor que siempre hace en los mares del sur, cercanos a las costas negras, donde el sol es una lanza de fuego rojo. Dentro todo era igual, excepto por las hierbas, que aún no habían entrado. Las paredes se mantenían en precario equilibrio, como el techo abovedado, que ya se había venido casi totalmente abajo. La lívida claridad lanzaba sombras de pesadilla, que lo envolvían todo, y apenas era suficiente para que sus ojos distinguiesen confusos perfiles en la oscuridad.

Anduvo algo temerosa, pisando con sus pies descalzos los escombros y maldiciendo en lo más hondo de su alma aquel silencio sepulcral, aquella atmósfera de irrealidad que flotaba en torno. Tropezó y cayó con un grito ahogado, quedando tendida sobre el polvo, con los nervios a punto de estallar. Escuchó, expectante, pero el silencio no se rompió y sólo sus propios jadeos retumbaron en el aire tranquilo. Fue entonces cuando encontró el altar.

Rompía la austeridad de las negras paredes, y sobre él parecía levitar una horrenda escultura que sobresalía de la piedra basáltica, representando a un monstruo blasfemo, mitad batracio, mitad humano, con unos exagerados atributos masculinos. La maldad que destilaba aquel gigantesco relieve produjo escalofríos en la orgullosa soberana de Oquendo, pese a que apenas podía distinguirlo en las sombras, y su temor aumentó. En el altar había algo; Annay no podía precisarlo, pero estaba segura de que era lo que buscaba y se levantó, acercándose con el pánico estrujando su valeroso espíritu, sin poder apartar la mirada del repugnante ídolo.

La emoción hizo que olvidase por un momento sus temores. Con dedos, temblorosos, cogió lo que el altar guardaba desde el comienzo del mundo: unos pergaminos apolillados, rotos, de un

material extraño que nadie en aquella época conocía, meros fragmentos de unos escritos terribles que escribieron seres que no tenían nada de humano. Era aquello lo que la obligó a poner rumbo hacia aquellas islas malditas... ¡Y los había hallado!

Nerviosa, dominada por su propia ansiedad, intentó leer en la oscuridad los espantosos signos que seres más antiguos que el hombre escribieron; quiso conocer los secretos de una edad olvidada, dando la espalda a los peligros que acechan en las sombras de los lugares sin nombre. Pero tal vez muy dentro de ella supo en seguida que la oscuridad encerraba más enigmas que los que sus ojos pudieran descubrir en aquellos símbolos criptográficos, y que el silencio no siempre significa soledad.

Chilló al ver unas sombras agitarse en las tinieblas, más allá de donde su mirada podía llegar. Unos ojos diabólicos brillaron como ascuas de fuego rojo en medio del silencio y Annay, aterrorizada, corrió como enloquecida para apartarse de aquellas sangrantes miradas, cayendo una y otra vez para volver a incorporarse y continuar su tambaleante huida. No oyó sonido alguno a sus espaldas, como si los que la acechaban en las sombras fuesen monstruosos espectros conjurados por su presencia.

Su loca carrera la llevó fuera de la milenaria construcción oculta entre altos matorrales, hizo que dejase atrás las ruinas para internarse entre arbustos que desgarraron sus ropas y lastimaron su delicada piel, que nunca antes conoció las heridas ni la sangre. No sabia hacia donde corría. El pánico era más fuerte que ella, y creía ver tras cada planta, en cada árbol, los ojos rojos de cientos de diablos que se reían, que se reían...

Chocó de frente con una muralla de negro metal que apareció surgida de la nada ante ella. La jungla devolvió sus chillidos histéricos, y el desmayo estuvo a punto de nublar su mirada, cuando sus ojos azules se alzaron para posarse en un rostro esculpido en bronce vivo, en el resplandor que ardía en las metálicas pupilas que la contemplaban, en la negra maraña de cabellos que ocultaban el bosque... Se estremeció, pegándose aún más a la negra malla que cubría el pecho de titán, y la cordura regresó.

—¡Los dioses sean loados, Almuric, eres tú! —gimió—. Creía..., creía...

El mercenario miraba en torno como acorralado, tenso todo su enorme cuerpo. Tenía la espada en la diestra, empuñada con tal fuerza que sus nudillos se blanquearon.

—¿Por qué gritabas, mujer? —inquirió sin dejar de vigilar la espesura—. ¿Qué te hizo huir de esa manera, cuando sólo el silencio y este asqueroso calor nos envuelve?

—Un demonio... Sólo podía ser eso, porque no existen hombres o bestias como lo que he visto. Créeme, Almuric...

—Te creo, mujer —asintió el guerrero, acometido de pronto por un terror bárbaro que ningún hombre podía inspirarle—. ¡Marchemos de esta tierra embrujada cuanto antes! No sé qué locura nos trajo aquí, pero no deseo habérmelas con ningún demonio esta noche.

Corrieron ambos durante interminables minutos. Los crujidos de los matorrales a su paso fueron su única compañía y alivio en aquel silencio de muerte. Varias veces Annay estuvo a punto de caer, agotada, a punto de reventar su pecho por el esfuerzo, pero el mercenario lo evitó alzándola en el aire y echándosela al hombro sin remilgos. No le importó herir el orgullo de la reina. Lo importante en aquel momento era dejar atrás el bosque y sus maldiciones sin tiempo. Por eso, tampoco Annay protestó ante aquella humillación, y se dejó llevar, agarrándose fuertemente donde pudo.

Justo en el preciso instante en que salieron, de las junglas y el cielo sobre ellos dejó de ser verde, estalló el temporal. Una impresionante tromba de agua cayó de las alturas, formando una cortina impenetrable ante sus ojos; el viento aulló, los cielos se quebraron con horrísonos relámpagos y el mar se enfureció, estrellándose colérico contra las rompientes. Almuric prefirió el refugio de los árboles al azote de la tempestad desatada y allí dejó a la reina, marchándose después sin decir una palabra, Annay gritó desesperada pidiendo que volviera, pero ignoró sus ruegos y se convirtió en una mancha confusa bajo la lluvia.

Regresó tras lo que a Annay le pareció una eternidad llena de horrores. Acurrucada entre las hierbas, temblando, lo vio venir, pero no se movió de donde estaba. Parecía más serena, más dueña de sí, aunque en sus ojos había una peligrosa humedad, fruto de la tensión que aprisionaba su alma. No habló cuando el guerrero se

sentó junto a ella, empapado y jadeante.

—Tendremos que esperar a que amaine la tormenta, majestad —resopló con un gruñido de disgusto—. Como me temía, nuestro parco ha marchado, seguramente al otro lado de la isla, donde el viento no sopla con tanta fuerza. Allí estará a salvo y podrán tomar tierra para rescatarnos, pero tardarán, así que he puesto en lugar seguro la barca, por si la necesitamos.

—¿Y... y Kron-Shai y...?

—Muertos los dos —respondió, endureciéndose su gesto. Annay se volvió hacia él con espanto—. Me obligaron ambos... Quise acudir en vuestra ayuda y ellos volvieron sus armas contra mí, atacándome. Traté de impedirlo, pero no me dejaron otra opción, malditos sean.

Annay ocultó el rostro en el húmedo suelo aterciopelado y rompió a llorar, clavando las uñas en la tierra mojada. La lluvia arreciaba, ahogando sus gemidos. Almuric vio los gastados pergaminos junto a la mujer, pero no dijo nada; se limitó a mirar los sombríos cielos con gesto huraño, dejando que ella se desahogase a placer. Quedaban largas horas, tal vez días enteros de espera.

* * *

La noche pintó de negro el firmamento y una luna de plata, redonda e hinchada, seguía al pequeño navío de alta proa y rojo velamen en su viaje a través de tranquilos mares. Oquendo cada vez estaba más cerca, y a medida que se aproximaban hacia el horizonte, hacia el más antiguo y misterioso de los reinos de occidente, más se alejaban de los mares conocidos, entrando en ignotas regiones del océano que muy pocos antes contemplaron y que maravillaban a marineros y guerreros por una u otra razón. Habían visto enormes manadas de delfines saltando sobre mares de jade, extraños peces de múltiples colores que nadaban con inusitada rapidez bajo el casco del barco, colosales monstruos marinos que dormitaban bajo las aguas.

Los oquendios soñaban con regresar a la tierra que les vio nacer; suspiraban por ver de nuevo sus altas torres y ciudades, por acariciar la perfumada piel de sus mujeres, por volver a oír su lengua milenaria en las calles de blanco mármol. Y nadie suspiraba más que la propia Annay, pero en sus ojos no había alegría, sino una fría dureza que sólo su doncella Iriana sabía interpretar, porque

sólo ella conocía lo que atormentaba los pensamientos de la reina. Se pasaba las horas encerrada en su camarote, estudiando aquellos raros pergaminos que parecían hechos de metal.

Almuric contemplaba las estrellas desde la proa, en silencio. La cota de malla ya no cubría su pecho, ni su pesado espadón colgaba de la cintura. No había amenaza en el aire; sólo paz... Una paz como muy pocas veces llegaba a conocer el moreno lobo de heladas tierras en su turbulenta vida. Su salvaje corazón rara vez aguantaba la quietud, la calma, como en aquel momento.

La rubia Iriana estaba tras él, llenando la noche con el fuego de sus cabellos, sólo cubierta su pálida piel por unas pieles de leopardo que ella misma sujetaba; lo miraba y estallaba de amor su pecho, aunque sabía que él nunca podría jurarle una eternidad junto a ella. Bastaba que estuviera en aquel momento a su lado, que apagase el fuego que la consumía cuando estaba cerca, para que fuese feliz.

—¿Algo os turba, mi señor?

Almuric oyó su voz confundida entre los crujidos del casco y el tenue silbido de la brisa que arrastraba el navío sobre las aguas con buen rumbo. En el cielo, la luna pareció volverse rosada y el guerrero no apartó de allí los ojos, fascinado.

—Sí, muchacha —respondió a pesar de todo, con voz ronca, en aramita, el único idioma que ambos tenían en común—. Me intriga lo que podamos encontrar en Oquendo. No sé absolutamente nada sobre vosotras y vuestra maldita tierra; ni siquiera por qué vuestra reina fue desterrada, ni la razón que la movió a comprar mi brazo y mi espada.

—Mi señora tiene sus motivos para no habéroslo contado —aseguró su joven amante— y yo no puedo traicionar su voluntad. Ella misma aclarará vuestras dudas cuando llegue el momento, creedme.

—Eso espero...

—Venid a mi lado y descansad —susurró cuando él se volvió para mirarla—. Yo velaré vuestros sueños...

Poco después, el silencio lo envolvía todo. El Darkan parecía navegar en una noche sin fin, surcando los cielos entre estrellas temblorosas, en un firmamento que no acababa en los cielos entre estrellas temblorosas, sino que también invadía las espejeantes aguas. Incluso la luna hallaba su réplica en el mar sin fin, y hasta

los dioses se regocijaban sin duda ante tan grande espectáculo, maravillados por su belleza.

Almuric estaba despierto, pero creía que soñaba, porque lo que veía no podía existir en el mundo vigil y sí únicamente en los más sombríos fosos del sueño. Los cielos de pronto habíanse tornado grises, brumosos; ya no quedaba nada de la idílica imagen que poco antes contemplara: la luna era un disco repugnante, amarillo, bilioso; en un firmamento sucio donde ya ni siquiera brillaban las estrellas. Aturdido, como bajo los efectos de una fuerte droga, intentó levantarse, pero no lo consiguió: una fuerza extraña le inmovilizaba, sujetándole al suelo de la cubierta, cosa que no hizo más que convencerle de que todo era un sueño, una inaudita pesadilla, aunque tan vivida, tan realista, que casi hubiese jurado que de verdad estaba despierto. Sus brazos pesaban como plomo, y por más fuerza que hacía, le era imposible incorporarse de las pieles que le servían de lecho, pese a que cada músculo era un cable de acero que se tensaba bajo la piel broncínea.

A su lado vio a Iriana, desnuda, agitándose también en las redes de una pesadilla más horrible aún sin duda que la suya propia. Y luego a Annay, caminando por vastos salones de ónice, como un fantasma que se aleja, sin dejar de ver a Iriana en ningún momento. Y también la borda del Darkan, entre la espesa bruma..., y sobre ella, un hombre joven, de ondulados cabellos rubios, delgado y de nerviosa mirada, que parecía esperar algo..., y niebla, mucha niebla. El hombre dio un grito, cayendo como fulminado por un rayo... Annay se desvaneció, hasta quedar sólo un resplandor maligno allí donde antes estaba su mano derecha... Oyó una carcajada, que se clavó como un cuchillo en su pecho, y de nuevo sólo estaba Iriana, la cubierta llena de niebla y de guerreros dormidos y aquel firmamento horrible, grisáceo.

Pero el sueño seguía, y las caóticas imágenes también, como en un horrendo espejo que permite ver los más inmundos terrores de los submundos. Una mano se aferraba a la borda, trepando por ella, y en la apelmazada niebla, vio una figura surgiendo del mar, chorreante y oscura, que pronto estuvo sobre la tabla de la cubierta, haciéndole crujir bajo su peso. Con inexplicable laxitud, en aquel semitrance en que se hallaba, apenas alcanzó la coherencia suficiente en sus pensamientos para preguntarse qué clase de

criatura —de las muchas que los antiguos mitos situaban en lejanos mares— sería, al ver que se acercaba. En su mano brillaba algo que pronto reconoció como una espada.

El horror le asaltó cuando la enfermiza luz de aquella luna espectral iluminó de Heno a la figura salida de las aguas. Se debatió desesperado bajo los invisibles lazos que lo mantenían atado, luchando contra el misterioso cansancio que hacía de él una temblorosa piltrafa, incapaz de ponerse en pie. Sudando, jadeando como un buey agonizante, logró ponerse de rodillas en un esfuerzo supremo que habría reventado el corazón de un hombre con menos fortaleza que la suya.

KRON-SHAIU ¡Era él, o su fantasma, quien se acercaba entre la niebla sobrenatural, con los ojos desorbitados y el vientre abierto por una estocada mortal! ¡Era el que volvía de los infiernos en busca de venganza!

Por unos instantes, olvidó que todo era una absurda pesadilla. Se dejó arrastrar por la irrealidad y se fundió con ella, como suele pasar casi siempre, sumergiéndose irremediablemente en el enloquecedor vértice de horrores que él mismo había creado más allá de las fronteras, del sueño. Era tan real }o que sucedía... Sentía el dolor atroz en cada movimiento, el temblor que sacudía toda su enorme humanidad mientras se arrastraba penosamente hasta donde se hallaba la vaina de piel en cuyo interior descansaba la afilada hoja de su espada. Nunca le pareció que estuviera tan lejos...

Una carcajada diabólica, familiar, lo obligó a mirar de nuevo allá donde estaba el ensangrentado espectro del joven guerrero al que hubo de matar. Era él quien reía... Lo vio en pie ante Iriana, que tendida desnuda sobre las pieles se agitaba, sin despertar, vio la espada brillando sobre ella, sujeta por las dos manos del aparecido... Luego, la espada bajó, hundiéndose hasta la empuñadura en su estómago, clavándose luego en la madera de cubierta, tras atravesarla de lado a lado, y ella chilló, abriendo entonces los ojos.

El mercenario apartó la mirada y siguió arrastrándose, acompañado por los gritos de dolorosa agonía de Iriana. Cayó sobre las tablas de cubierta, agotado, y una roja neblina se apoderó de su mente. No se dio cuenta del repentino silencio, ni pensó en nada cuando volvió a incorporarse con un salvaje gruñido de triunfo,

notando que ya estaba libré del embrujo y a sus brazos de titán volvía la fuerza que hizo de él un hombre temido en los campos de batalla y en los mares que cruzó en su juventud. Se abalanzó sobre la espada y la empuñó con rabia, librándola presta de su funda, pero cuando se volvió ya no había fantasmas matadores, ni los cielos eran grises y asquerosos, sino límpidos, y tachonados por débiles luminarias blancas.

¿Un sueño? No, no lo había sido… Demudado, vio a la rubia y bella Iriana, más pálida qué nunca, mirándolo. De su vientre liso y suave sobresalía el mango de una espada, y la sangre salía de la letal herida, formando charcos sobre las pieles. Dejó caer su propia espada y se acercó a ella, arrodillándose. Ella intentó arrancar la espada de su cuerpo, pero era imposible; había atravesado también las maderas que había debajo. Una lágrima brilló como una estrella temblorosa en sus ojos.

—Ya…, no podré ser…, una diosa por el fuego y la sangre…

—Lo serás, muchacha —aseguró Almuric con los dientes apretados y la ira latiendo en su pecho—. Te haré diosa, tal como prometí, y todos temblarán ante tu nombre; teñiré de sangre los cielos para que hombres y dioses te adoren como llegué a adorarte yo, mujer…

Iriana sonrió, murmuró casi sin fuerzas una plegaria a las divinidades de su pueblo y se aferró con desesperación a las gigantescas manos del guerrero, como si esperase que ellas la librasen de la torva y helada presencia que se acercaba. Murió entonces, y el bárbaro bajó la cabeza, sin soltar sus blancas manos, ya exánimes.

CAPÍTULO VII EL ANILLO NEGRO

—¿VES bien este anillo, Almuric? El tiene la culpa de todo lo que sucede, de todas las desgracias y tragedias que me han acompañado desde que ciñó mi dedo. Los vientos del infierno rugen en su interior, y son ellos los que mataron a Iriana, como matarán a cualquiera de nosotros que se acerque a, las verdes costas de Oquendo. El tiene la culpa..., y, sin embargo, si lo arrojase lejos de mí, si lo arrancase de mi dedo, significaría nuestro fin. ¿Me crees, Almuric? Sé que es difícil, pero debes intentarlo... Nadie mejor que tú puede comprender hasta qué punto son reales las oscuras fuerzas que acechan más allá de la razón, esas mismas fuerzas que sin duda has visto actuar muchas veces en tus viajes por tierras que ni siquiera yo puedo imaginar. »Cuentan los sacerdotes de Taloor, el maligno dios de la venganza, que vino de los infinitos abismos que hay entre las estrellas, en forma de negra piedra, y fue encontrada por las inhumanas criaturas que entonces dominaban las tierras alfombradas por titánicos bosques donde pululaban extrañas bestias que hoy ya no existen. Uno de ellos, inspirado sin duda por una demencia extraña, hizo con ella una sortija... Esta sortija. Desde entonces, esperó su oportunidad en el silencio; vio extinguirse a la raza prehumana que la halló, sobrevivió en el devenir insensato de los tiempos, contempló el doloroso parto de la humanidad, el amanecer, apogeo y crepúsculo de los más grandes imperios, hasta terminar en uno de los templos de Oquendo..., y, por último y en circunstancias difíciles de explicar, en mi propia mano, en la mano de la reina de Oquendo. »Pero al parecer yo no servía para los propósitos del anillo porque en Oquendo las mujeres no pueden

gobernar, aunque tengan la corona en la frente; por eso eligió a mi hermano Kibani, auténtico soberano del Imperio, como soporte para su horrible poder, y a mí me desterró. No sé si entiendes mis palabras. Es complicado lo que sucedió, y ni yo misma lo supe hasta que leí los espantosos fragmentos de Yog-Ka, los velados párrafos en que se cita al anillo y a su horrible prisionero.

Annay cogió los extraños pergaminos y se los tendió al extranjero de negra melena y ojos grises como el metal que estaba junto a ella en su camarote, el único que había en el Darkan, en su popa. A través de las cerradas ventanas entraban los dorados fulgores de la mañana, pero no iluminaban el corazón dolorido de Almuric.

—Hablan esos pergaminos de muchos de los secretos que guardaba esa raza ya extinta cuyas ruinas vimos en las Islas Muertas. Y entre esos secretos está el de este anillo maldito, guardián de demonios y espantos de los grandes abismos cósmicos.

Miraba con rabia el anilló de negro metal y gema sangrante que adornaba su diestra. Almuric la miraba; había entrado allí como un huracán momentos antes, exigiendo unas explicaciones que hasta entonces esperó con paciencia que la visión de las costas oquendias ante la proa de la nave, semanas después de la misteriosa y llorada muerte de la joven Iriana, apuró.

—«El refugio de Ast-A-Irii...» —recitó entonces—. «Llegado de lo más profundo... Sombras de Baark... Nadie puede tocarlo sin sentir su presencia... De los infiernos vino, y a ellos regresará algún día, pero antes enloquecerá a los reyes y tomará su forma...» Eso dice el manuscrito: «enloquecerá a los reyes y tomará su forma». ¡Eso hizo con Kibani, mi hermano! Ya no es él quién ocupa el trono de Oquendo, sino un diablo sin forma, surgido del anillo...

—Entiendo... —asintió gravemente Almuric—. Es a él a quien debo matar...

—Sí, bárbaro —susurró la mujer—. A Kibani, al que antes fue mi hermano y ahora sólo es el cobijó de una sombra infernal... Te cubriré de oro si lo haces.

—Una vez me dijiste que hay cosas que una espada no puede cortar, mujer. Yo no soy hechicero, ni sé nada sobre exorcismos ni conjuros contra diablos. A mí dame hombres de carne y hueso a los que pueda matar...

—Mata a Kibani; de lo demás me ocuparé yo.

* * *

Tai-Sun era la sagrada capital del dormido reino de Oquendo, una ciudad de torres blancas como las eternas nieves que cubren las montañas de las tierras que nunca ven el sol, rodeada de frondosas selvas que formaban en torno la mejor de las murallas. Desde lejos, lo único que podía verse eran las altas torres brillando por encima de las copas de los árboles, las cúpulas de jade lanzando sangrantes destellos a la luz del sol, como un espejismo imposible.

En otro tiempo, Tai-Sun sin duda fue un lugar de ensueño, el paraíso que los reyes de Oquendo quisieron crear en el suelo donde floreció su cultura, donde hombres y mujeres nacieron y murieron para crear una historia dolorosa y llena en muchas ocasiones de sangre. Lujo y grandeza, un arte increíble que no tenía parangón con ningún otro de los que se elevaron del polvo en aquella era remota, formaban palacios y templos, calles de mármol, jardines y fuentes públicas... Y los oquendios disfrutaban de todas aquellas maravillas, felices y en paz, tan lejos de los problemas e intrigas del continente como si éste no existiera. Muchas cosas —además del océano— los separaban, haciendo de Oquendo un mundo diferente, tan distante como el sol.

Dicen que fue una maldición lo que un día se abatió sobre todo el reino de Oquendo. En boca de los profetas corrieron rumores de que la soberbia de los oquendios sería castigada. Tal vez ese día había llegado. Nadie lo sabia con certeza, ni nadie se atrevía a jurar; pero había quien en secreto afirmaba que la culpa de los males que asolaban la otrora fabulosa Oquendo la tenía su joven rey. Lo cierto es que el terror se palpaba en las calles desiertas, en los silenciosos templos donde ya nadie rezaba!... La gente moría aquejada por una enfermedad desconocida, y las hogueras estaban encendidas día y noche en las calles y jardines para quemar sus cadáveres malditos y elevar a los aires el espantoso hedor de la carne carbonizada, en un esfuerzo desesperado y al parecer inútil por acabar con la epidemia. Los lamentos de los moribundos, el llanto de mujeres y niños, las voces temblorosas de los hombres, formaban el cántico de muerte de todo un pueblo.

Muchos aseguraban que por las noches el palacio real se llenaba de luces fantasmagóricas que bajaban de los cielos, y que las

siniestras carcajadas que tanto, espanto producían en los que llegaban a escucharlas no podían ser humanas. Pero nadie se atrevía a decirlo en voz alta; sólo eran rumores que los que visitaban Tai-Sun rechazaban con una sonrisa, impresionados ante el aspecto de la antes orgullosa capital, pero escépticos con los falsos temores que siempre desatan los holocaustos.

Fue precisamente una noche de terror la que más cantan los trovadores que recorren las tierras bañadas por el océano, refiriéndose a las extrañas brujerías que sumieron en la desolación a la gran isla de Oquendo; en las crónicas de aquella lejana era perdida en la noche de los tiempos está recogida con tinta ya casi borrada por los siglos la gesta de un rey que se enfrentó a las tinieblas con la sola ayuda de su espada y su indómito valor.

Las llamas de las hogueras teñían de rojo las baldosas de las calles. Más allá de sus fulgores, las sombras parecían más densas, como si las almas de los condenados se ocultasen en ellas con vergüenza, sin atreverse a marchar a los helados infiernos que los esperaban. El hedor a muerte causaba náuseas en los vivos, que con gestos de amargura y contenidos sollozos lanzaban a sus familiares y amigos al fuego.

Dos figuras embozadas contemplaron las escenas de tristeza y dolor. Vieron los carros cargados de cadáveres, los moribundos retorciéndose en las esquinas, presas de insoportables dolores… Y luego se perdieron en la oscuridad, lejos de tanta miseria.

—¡Por Lyr! —gruñó una voz seca y dura en aramita—. Nunca vi nada parecido… Debe ser cosa de brujería…

La otra figura no contestó. Era más delgada, más baja que su compañero de salvaje acento; sus vestiduras eran de mujer oquendia, con una tónica blanca de algodón atada en la cintura como único atuendo. Sus ojos azules brillaban como oscilantes llamas en la oscuridad.

Caminaron a través de las silenciosas calles, dejando atrás las luces de las hogueras y el terror que simbolizaban, seguidos por las ciegas miradas de las altísimas torres que no dejaban ver los cielos; Almuric se sintió incómodo al pasar bajo sus siniestras sombras, cómo si temiese que de ellas surgiesen inimaginables criaturas dispuestas a beber su sangre, y su mano no se apartó en ningún momento de la marfileña empuñadura de su pesado espadón.

—¡Mira!

No necesitó que Annay le indicase cuál era la causa de su asombro; ya sus ojos grises habían descubierto el majestuoso edificio que se alzaba muy por encima de las cúpulas y techos planos, dominando toda la ciudad. Bajo la luz de las estrellas, el oro lanzó destellos, las gárgolas de ágata contemplaron inmóviles a los intrusos y: los tejados de jade reflejaron la luz rojiza de las hogueras que ardían en la distancia.

Pero no fueron todas aquellas maravillas las que erizaron los cabellos del guerrero, sino algo más que atrajo en seguida su mirada. Una luz extraña, fantasmal, envolvía una de las torres del palacio real, justo allí donde se podía descubrir a duras penas el vano de una ventana. Crecía y menguaba a intermitencias, como fantásticas pulsaciones, y de vez en cuando escapaban de allí glóbulos de luz anaranjada que se perdían en la noche sideral. Al verlo, el mercenario susurró algo en su idioma nativo.

—Son los aposentos reales —afirmó la reina—. ¿Qué le estará haciendo ese demonio a mi pueblo?

—No hará nada cuando mi acero abra un claro en su garganta —bufó Almuric—. Déjame ahora, mujer, antes de que me arrepienta y eche a correr...

Se despojó de la capa que cubría sus hombros, cogió la cuerda que poco antes cruzaba su torso en bandolera y aferró con fuerza el garfio de tres dedos acerados que remataba uno de sus extremos, En silencio, hizo que girase por encima de su cabeza y la soltó con extraordinaria precisión, pero hubo de recurrir a una segunda intentona para lograr que el garfio quedase bien sujeto en lo alto de un muro de piedra blanca. Tiró un par de veces con todas sus fuerzas, comprobando su resistencia, y luego, con un bufido, comenzó a trepar, escalando con los pies apoyados en la pared.

Al amparo de las sombras, subió con rapidez, sin importarle en apariencia el fuego que poco a poco abrasaba las palmas de sus manos, convertido en una mancha pálida bajo la luna. Annay le siguió con la mirada, escrutó las tinieblas a uno y otro lado y se deslizó sin ruido hacia la oscuridad, pegada al muro del palacio; luego, se esfumó como tragado por las piedras que cubrían el suelo...

Sólo con sus pensamientos, sudando y notando el esfuerzo del

ascenso en sus brazos, Almuric continuó sin darse un momento de reposo. Gruñía algo ininteligible a los viejos demonios de su mitología mientras subía, maldiciéndolos entre dientes, y procuraba no mirar a las fantásticas luces que parecían latir en lo más alto del edificio. Sin embargo, no pudo evitarlo cuando creyó oír unas demenciales carcajadas que venían de allí. Por fortuna para él, ningún horror cósmico brotó de aquella ventana.

Una y otra vez desprendió el gancho del lugar donde quedó sujeto y volvió a lanzarlo con la intención de ganar altura y alcanzar aquella alta torre a la que era prácticamente imposible llegar desde dentro, tal como le indicara Annay antes de emprender tan peligrosa aventura. Su pericia natural, sus movimientos felinos, su hercúlea fortaleza, le ayudaron en aquélla, la más difícil escalada de su vida. Pensó en el maligno diablo que le esperaba allí arriba, en el aspecto de los cadáveres apenas entrevistos a la luz de las hogueras, y los pelos se le pusieron de punta, aunque no por ello dejó de subir, sorteando obstáculos en teoría infranqueables, ocultándose en los floridos jardines interiores cada vez que sus aguzados oídos traían el temor a su corazón de guerrero.

Un frío sobrenatural recorrió su espalda como una helada serpiente cuando escaló la torre invadida por las blancas luces espectrales. Parecían llamas de un infierno sin calor, y él una polilla que avanza cegada hacia su propia destrucción. El sudor chorreaba por sus brazos, donde los músculos trazaban ondas bajo la piel bronceada, y bañaba su cuerpo bajo la negra malla de acero, bajo las metálicas grebas y las placas de sus hombros.

No sintió nada cuando entró en la luz, y eso le alentó a seguir avanzando. La cuerda se perdía por encima de la torre, bailoteaba y giraba sobre sí misma por el peso del mercenario, pero para alegría suya pasaba muy cerca del empedrado vano de la ventana, lo que le permitió alcanzarla con mayor facilidad. Se agarró al alféizar y soltó la cuerda, que serpenteó, libre de sus nervudas manos, mientras Almuric se metía en el hueco abierto en la pared curva a pulso.

Era como si la luz fuese semilíquida y se derramase desde el interior, saliendo a través de la ventana para cubrirlo todo después como una extraña gelatina ingrávida. Le cegó al principio y tuvo que taparse los ojos con el brazo, mientras se introducía con

dificultad por el estrecho ventanuco en las cámaras reales. La luz le envolvió, sintió su contacto casi corpóreo, su malignidad cósmica.

Sacó su espada, que centelleó como una llama blanca en sus manos. Sus ojos se iban acostumbrando a aquel insólito resplandor. Distinguió formas confusas, acaso muebles, y se acercó más, agazapado como un tigre al acecho, hasta que logró identificar cada una de las formas apenas entrevistas.

La luz entonces se disolvió, se esfumó cual fantasma burlón, y la ceguera aún fue mayor en los ojos del mercenario durante unos instantes, hasta que de nuevo se habituaron a la normalidad 3e una estancia en penumbras, cosa que le costó aún más que moverse en la espesa luminosidad de antes. Vio muebles de oro y ébano, bellamente trabajados, y también al rey Kibani, tendido en un triclinio de oro puro, dormido en apariencia.

Su espalda se llenó con los hielos del norte, y no pudo evitar un estremecimiento. Caminó en puntas de pie, con la espada en la mano, y cuando estuvo a su lado, alzó el espadón por encima de su cabeza. Prefería decapitarle dormido, como un asesino, que enfrentarse al demonio que le dominaba.

Sin embargo, la espada no llegó a bajar en busca de su cuello, pues los ojos del durmiente se abrieron de pronto, mirándole enrojecidos por un fulgor diabólico, y una extraña parálisis inmovilizó sus poderosos brazos. En silencio, con los dientes apretados, pugnó por liberarse, tensando cada músculo bajo la piel de bronce, perlándose de frío sudor todo su cuerpo, pero no lo consiguió. Al contrario, Almuric retrocedió, como empujado por un ariete, ante la roja mirada de Kibani, y se encogió hasta quedar de rodillas, aplastado por una legión de incontables demonios sin forma.

Cuando logró incorporarse, sólo vio montañas nevadas, blancura sin fin en rededor, y sus pies hundiéndose en la nieve resplandeciente. Él frío mordió profundamente en su carne, que en los últimos años sólo habían conocido climas cálidos y ambientes agradables en lugar de los rigores de las tierras altas. Aturdido, reconoció el lugar. Más de una vez lo había recorrido en su juventud, antes de que el hastío, el ansia de aventuras que quemaba su sangre, le impulsasen a conocer las tierras del sur.

Por instinto, pidió la ayuda de sus crueles dioses al ver que una

forma oscura se deslizaba por las montañas, como un repugnante torrente de negra lava hedionda y burbujeante. Entonces, la nieve, las montañas, desaparecieron; todo en torno fueron nieblas impenetrables, y lo único que quedó fue aquella negrura llena de vida y maldad, que se acercaba. Retrocedió, con la garra del miedo estrujando su corazón, sabiéndose observado por ojos inexistente, por la amorfa cosa que se arrastraba hacia él, llenándolo todo.

Comprendió que era el hambre lo que movía a aquella criatura... ¡Hambre de vida, de almas tal vez! Y eso aumentó aún más si cabe su terror, impulsándole a huir, aunque no sabía qué le esperaba en las sombras que había más allá. Asaltado por visiones delirantes, corrió, sumergiéndose en la espesa niebla, y al atravesarlas, todo cambió bruscamente.

Estaba de rodillas en los aposentos reales, muy cerca del triclinio donde el rey Kibani de Oquendo estaba antes tendido, ahora vedo, pues pudo ver al maldito soberano de pie. Ya no le miraba a él, sino a Annay, su bella hermana, que había conseguido entrar en palacio por secretos pasadizos que sólo ella conocía. Recordó entonces las visiones qué tuvo en el Darkann, y reconoció en Kibani al rubio joven cuya inexplicable muerte contempló en sueños.

Kibani retrocedió, aterrorizado. El anillo negro brillaba en la diestra de Annay, llamándole, exigiendo su regreso a los fosos sin dimensión que había en su interior. Intentó escapar, sabiéndose perdido, justo en el mismo, momento en que Almunic recuperaba su caída espada.

Saltó sobre él rugiendo como una bestia salvaje, y su acero abrió un claro de sangre en su pecho que desgarró carne y huesos con espeluznante chasquido y seccionó sus pulmones. Hasta Annay se estremeció de horror, viendo caer sin vida a su hermano, brutalmente mutilado.

—¡Por Iriana, monstruo! ¡Por ella regresarás a los infiernos de los que escapastes!

Desafiando las palabras de Almuric, el cadáver se movió, buscando aún la huida, riendo mientras se arrastraba sobre su propia sangre. Pero la risa pronto se perdió, y Kibani quedó inmóvil. La gema del anillo perdió su fulgor y dejó de ser roja para volverse negra. En ese momento, Annay lo sacó de su dedo, tirándolo sobre su regio hermano.

—Acabó la maldición —suspiró—. Oquendo volverá a ser lo que fue, sin el terror caminando por sus calles. Y todo gracias a ti, guerrero.

Almuric suspiró y envainó, su espada tras limpiarla en las propias ropas del muerto. Miró luego las cerradas puertas de los aposentos, y el pasadizo secreto que utilizó la joven.

—Será mejor que nos marchemos de aquí, majestad —opinó—. La guardia podría hacernos pedazos si se enterasen de que hemos matado a su amado rey…

—Ya no hay rey en Oquendo —negó con la cabeza, acercándose a él—. La guardia no puede hacernos nada. Y menos al hombre que mató al antiguo rey, que según nuestras leyes tiene derecho a ser el nuevo rey de Oquendo, si la familia real le acepta como tal… y yo soy la familia real, majestad.

Se arrodilló ante él, besando sus botas. Almuric, sorprendido, no supo qué hacer; miró el cadáver, luego a Annay, y la obligó a levantarse.

—¿Yo, rey de Oquendo? ¿Sabes lo que estás diciendo, mujer? ¿Pondrías tu reino sin vacilar en manos de un hombre como yo, sabiendo como soy y que mi alma sólo ansia la conquista, el saqueo?

—Sí, lo haría… sin vacilar… —susurró ella, con un extraño brillo en su mirada—. ¿V tú? ¿Aceptarías mi trono?

—¡Por la luenga barba de Lyr! —tronó la risa de Almuric, mientras abrazaba a la hermosa mujer y la levantaba en vilo, sin esfuerzo—. ¡Claro que sí! Un reino, una mujer hermosa, una espada y un mundo entero para conquistar… ¿Qué más podría desear un hombre?

F I N